

Doña Gertrudis

Tomo I

Alberto López Sanjurjo

Editorial Lulu

Todos los derechos reservados

Depósito legal: 2021

ISBN: 978-2-493729-15-6

A Josefina

LAS SOLEDADES
DE
SANTA ROSA

Era día de verano. Gertrudis acababa de tender la última cesta de ropa blanca recién lavada. Agotada y sofocada por el calor de las diez, se sentó en un banco de madera con desesperación y hastío que ya difícilmente podía contener. Años hacía que se resistía a tomar esa decisión. Miró a lo lejos las encorvadas siluetas de su padre y de tres de sus hermanos en la huerta. De la cocina cuya puerta daba al patio, salían las voces de la criada, de la cocinera y de su madre cuyos chistes y risas le helaban la sangre. Pasó delante de ella arreando un par de bueyes don Pedro y la saludó cortésmente, moviendo levemente el ala del sombrero de paja con el índice. En lo alto del cielo, revoloteaban por las techumbres de tejas de las casas del pueblo unas golondrinas que apenas unos meses antes anidaban en África. Se quedó Gertrudis un largo rato siguiendo con los ojos los veloces zigzag de las aves viajeras y se perdió su mirada por la ciudad.

En aquel entonces, era Pozolindo capital de provincia y concentraba todos los atractivos con los que puede soñar

una muchacha de su edad: un sinnúmero de tiendas por las que ir de escaparates, espaciosos y animados parques sombreados por donde ir de paseo y grandes plazas rodeadas de galerías cuyas atiborradas terrazas de cafés y restaurantes, heladerías, pastelerías y confiterías estaban siempre llenas. Igual pasaba con las pavimentadas calles circundantes, en aquella época bastante estrechas, por donde circulaban con dificultad los moradores, trabajadores, negociantes, hombres de negocio, paseantes, jinetes, coches y calesas, carretas de mercancías, carretillas de frutas y verduras provenientes de las huertas aledañas y destinadas a las tiendas y mercados del centro. Además de su enjundia comercial y de su impronta arquitectónica sin par, de tejas y roble, tenía Pozolindo el encanto de las ciudades atravesadas por un río que en este caso, no solo le daba una salida al mar sino también una salida a la ensoñación.

Por el majestuoso río, navegaban a diario barquillos de pesca, unos de remos, otros de velas y un sinfín de embarcaciones, grandes y pequeñas, que servían de transporte colectivo. La línea fluvial más concurrida y frecuentada y también la más segura, en términos de puntualidad, era la línea tres cuyas embarcaciones iban tiradas por cinco pares de colosales bueyes. No era la línea

más rápida pero amén de su reconocida diligencia por cierto relativa, ofrecía la gran ventaja de transportar a buen puerto las mercancías y pasajeros sin que se mojaran. Además, era la más barata. Desde el Este y el Oeste, hasta los suburbios cada día más poblados de Pozolindo, operaba pues esa compañía fluvial en ambas riberas del río y al cruzarse las embarcaciones, se deleitaban los pilotos, de azul y blanco vestidos, con gorra marina y ancla dorada estampada en ella, dando estrepitosos bocinazos por el solo placer de divertirse y de oír las voces de irritación y molestia de los viajeros pero no de los niños que con gozo y regocijo escuchaban las muy sonoras y jaraneras trompetas. Muchos años más tarde, cuando el tranvía y luego los rieles de los ferrocarriles tomaron el lugar y recorrido de la “tres”, todavía recordaban los pasajeros esos alegres y juguetones bocinazos que en su momento encontraron grotescos y ridículos.

En aquella época, los puertos de las riberas eran lugares harto bulliciosos en los que no solo se concentraban las embarcaciones de la “tres” sino también las barcas de pesca y las flotas de mercancía con sus cargamentos estacionales de cereales, frutas, aceitunas y vino. Y no pocas veces llegaban a dichos puertos fluviales cantidades de animales como caballos, chanchos, vacas y un sinnúmero

de aves de corral. En ese ambiente tan particular de feria portuaria, poblado de un montón de chiringuitos, merenderos y ventorrillos que con el tiempo habían crecido como setas, uno podía comer a cualquier hora del día en una humarada de pescados fritos y asados, sentado en largas mesas en que corrían a raudales vino y cerveza almacenados en barricas, toneles y pipas de diferentes tamaños y colores, propios de cada marca. Los viernes y sábados por la noche, las riberas de los pequeños puertos se encendían hasta el amanecer en una algarabía de los mil demonios al son de orquestas y grupos musicales. Eran los domingos días más tranquilos, quietos y apacibles en que iban de excursiones campestres las familias. Se saboreaba el vinito de mediodía bajo los cenadores de los chiringuitos, se jugaba a las cartas y se dormía la siesta a la sombra de frondosos árboles escuchando el lento y caprichoso murmullo del río endomingado. En pocas palabras, descansar y disfrutar tras una semana de intensa faena.

Aquel día, sintió Gertrudis por todos los poros de su epidermis que su mundo no era aquél, rudo, letárgico y hastioso sino éste, lleno de vida, luces y esperanza que solo había conocido en pocas ocasiones pero que tanto le fascinaba. Recogió Gertrudis la cesta de mimbre vacía y se

fue a dejarla a la lavandería sin pasar por la cocina. Luego se subió a su cuarto, tensa y nerviosa, vertió agua de la garrafa en una jofaina y se roció la cara con ella. Poco o poco, se fue serenando tendida en la cama, viendo el lento paso de las alargadas y estiradas nubes por la vidriera por la que entraba un aire cálido con perfume de laureles cuyas hojas caían arremolinándose en el mirador. Ya empezaban a penetrar con mucha intensidad los rayos de sol por el balcón. Se levantó Gertrudis y cerró la celosía como si cerrara la de su vida doméstica y pasada. Ya estaba decidida. Su resolución que iba madurando desde hacía meses y meses era intacta. Ya tenía que hablar con sus padres. No se podía esperar más y al recibirse de bachiller hacía tan solo un par de semanas, le brindaba la mayor de las oportunidades para empezar a conquistar su libertad. Y de todas formas, no aguantaría, como cada año, pasar las largas vacaciones donde su tía Euxidia oyendo los mismos consejos, reproches y amonestaciones y presenciando las insípidas y sosas tertulias de siempre entre familiares y allegados tan aburridos como sus vacas y chanchos. ¡No soy una cabra! —dijo entre sí Gertrudis, ya decidida; y empezó a tejer los argumentos de la conversación con los que tenía que convencer a sus padres de su pronta partida. Solo faltaba esperar la res-

*puesta del Instituto Superior de Contabilidad de Pozo-
lindo cuya respuesta no debía de tardar.*

II

Mientras tanto, como cada día, seguía Gertrudis con las labores caseras que la ocupaban hasta las doce pero ya con el firme propósito de irse para siempre de ese lugar tedioso. Aunque siempre tuvo la familia una criada y de ahí no más, con excepción de la cocinera que consideraba doña Eugenia dispositivo fundamental en la buena marcha y administración de la casa, desde niña, al igual que sus hermanos, tuvo Gertrudis que ayudar en las tareas domésticas y del campo. Así lo quería y exigía doña Eugenia, la madre, que consideraba, a diferencia de otras familias acomodadas y empingorotadas del lugar, que era deber de los hijos asistir a los padres tanto en los buenos momentos como en los malos. “Hay que estar a las duras y a las maduras” solía machacar doña Eugenia. Y al respecto, nada se podía decir. Una vez intentó don Matías convencer a su esposa de la utilidad de contratar al menos a una empleada más pero doña Eugenia se negó rotundamente alegando como si fuera un mandamiento im-

perioso que “mejor una en casa que dos en cama”. Don Matías que era hombre pragmático y en nada calavera, nunca volvió a insistir. Pensó que era algún refrán de la Sierra de donde venía su esposa y que él desconocía, voilà. Pero con el pasar de los años, cuando salen a flote los secretillos familiares sin que se sepa a ciencia cierta el porqué ni el cómo, se dio cuenta don Matías de que tenía algo que ver con la propia situación familiar de su esposa y más precisamente, con la de la madre de su esposa o más precisamente con la del padre. Un buen día, se le soltó a la cuñada que los numerosos infortunios y las muchas desgracias de su suegra así como los incesantes achaques y alifafes de los que padecía, se debían a que su marido, que en paz descansa, se las había pegado varias veces con la segunda empleada. Ante la sorpresiva e inesperada confesión de su hermana, tal vez motivada por los demasiados elogios y nutridas glorificaciones que recibió don Aníbal tras su solemne entierro y queriendo quizás desahogar ella audazmente a su madre, doña Eugenia corroboró a duras penas los hechos sin que ni siquiera se lo pidiera su marido. Y fue así como entendió muchos años más tarde don Matías el sentido exacto del adagio predilecto de don Aníbal que tanta furia contenida le daba a su esposa, doña Anita: “a nadie le amarga un dulce.” De tal suerte que doña Eugenia solo tuvo en

su casa y en su vida a una sola y única empleada, punto pundonoroso y altamente decoroso que satisfizo ampliamente y a la perfección doña Eugenia, criando sola a sus cinco hijos.

Hasta la coronilla estaba de darle de comer a las gallinas, pavos, conejos y patos Gertrudis. Harta estaba de lavar la ropa, tenderla y plancharla. Hasta el gorro estaba de llevar baldes de agua para regar la hortaliza y tener que arrodillarse para recogerla. Ya estaba bien de delantales sucios y botas de hule fangosas y polvorientas. El único momento placentero era a mediodía: tomar un baño salvador, vestirse con ropa decente e acicalarse y ataviarse durante horas ante el espejo del tocador. Ya le parecían interminables los almuerzos. Ya le daba náusea la cantidad pantagruélica de comida que se tragaban como ogros hambrientos sus hermanos, sus manos y uñas terrosas y ennegrecidas aunque lavadas, su semblante sudado a chorro aunque refrescado, sus eructos de sobremesa con el café. Ya no, ya no podía más. Solo contestaba a las preguntas de la familia con unas cuantas palabras, una onomatopeya, un fruncir de ceño, una mueca, una sonrisa forzada, interjecciones, frases hechas, en pocas palabras, intentaba mantener la calma y las apariencias siquiera sin irritarse ni perder los estribos o levantarse de

golpe de la mesa dando un sonoro y estrepitoso portazo, lo cual hubiera sido su perdición y entierro definitivo en ese pueblo que iba odiando cada día más.

Por la tarde, se quedaba en su cuarto leyendo y soñando. Habían terminado las clases y todavía estaba vagando su mente por las ventanas de las aulas, el patio de recreo o el umbral del inmenso portón donde acostumbraba reunirse con sus amigas al finalizar la tarde. Principiaban las largas vacaciones sin muchas perspectivas y la fatal y obligatoria estancia donde su tía Euxidia le parecía un auténtico martirio. Por vez primera, bien hubiera preferido quedarse en casa en lugar de ir a Montilla, una real y amena ciudad. Pero ¿para qué veranear en un lugar aunque bonito y bullicioso si una no lo puede disfrutar? —pensó ella en ese momento. Cada salida se hacía con la tía o con la criada, como escoltas que vigilan cada paso, cada movimiento, cada palabra y escudriñan hasta las miradas y los pensamientos —dijo ella entre sí. No, no quiero. No aguantaré otro año más. Al menos, esta casa no es una cárcel. Y empezó a hojear el libro que se había hecho a base de entregas de Pedro de Alarcón, que publicaría él muchos años más tarde con el título de El sombrero de tres picos. Esas sabrosas y divertidas páginas, recreación del tema tradicional del molinero de Arcos, le

encantaba más que su primera novela El final de Norma. Siempre había sido buena alumna Gertrudis y le encantaban a ella, más que todo, las clases de lenguaje, luego historia y ciencias naturales. Pero por sorprendente que pareciese, también le entraban con una facilidad asombrosa y desconcertante los números y su manejo pero eso sí que no con el mismo placer. Era más bien un don, una especie de facultad que ejercía como una máquina y que incluso asombraba a sus hermanos mayores a quienes ayudaba ella de vez en cuando. Lógicamente, sus hermanos no le dieron mucho empeño a los estudios y tampoco los padres los empujaron a seguir una escolaridad más larga. Policarpo, el primogénito había cursado el bachillerato sin obtener el título. Y al fundar una familia poco tiempo después, le regaló el padre unas hectáreas de tierra para levantar casa, corral y huerto y tener su propia independencia. Ya tenía Policarpo tres hijos. Al segundogénito, Cristóbal, también le había obsequiado el padre las mismas condiciones para instalarse con su esposa que ya estaba embarazada. Horacio, el tercero de los hermanos, todavía vivía en la finca familiar y había dejado los estudios no por estúpido sino por pereza. Y por la misma pereza no se movía de casa, pese a las repetidas ofertas de su padre que le tenía reservadas unas tierras de idéntica superficie. En cuanto al menor de los

varones, todavía estaba cursando en la Escuela de agronomía que quedaba en Peñablanca donde hacía unas semanas apenas estudiaba Gertrudis. Tal vez por esa proximidad de edad y los trayectos diarios en coche que hacían con algunos muchachos de la aldea, tenía Gertrudis más afinidades con Leandro. De tal forma que los fines de semana y durante las vacaciones, los cuatro varones trabajaban juntos en la finca familiar cuyas actividades eran numerosas y abundantes. Leandro sabía de los proyectos de su hermana y le había prometido guardar la confidencia hasta que ella misma contase sus proyectos a sus padres e incluso había aceptado él secundarla en tal tarea en el oportuno momento. Solo era esperar la carta del Instituto Superior de Contabilidad. Merced a sus facilidades en matemáticas, pensaba Gertrudis no equivocarse mucho en pronosticar su futuro ingreso. Era confiada si bien a veces la fortuna tiene reveses.

III

-Mira Matías –dijo doña Eugenia poniéndose el camión. Últimamente, veo a la chica muy rara.

Don Matías estaba adosado a la cabecera de la cama, leyendo el periódico y ni le contestó.

-¿Me estás escuchando?

Don Matías no respondió.

-¿Me estás escuchando? -Repitió ella, irritada y alzando la voz.

-¿Qué te pasa mujer? No ves que estoy leyendo –le contestó en tono seco. Respétame, por favor.

-¿Acaso no te interesa lo que le pasa a tu hija? No ves que no está bien, que no habla, que se está poniendo tris-tona.

-¡Por favor, mujer! No me interrumpas. No ves que estoy ocupado.

-¡Más te interesan las crónicas mundanas que la vida de tu propia hija! ¡Qué vergüenza!

-Por Dios, querida, no te enfades. Y con un gesto de irritación, dejó de leer y puso el periódico en la mesita de noche. Se quitó las gafas circulares de acero y suspiró dilatadamente. A ver, te escucho —dijo él.

- ¿Ya, el Señor está dispuesto?

- No me fastidies, cielo, con tu malhumor. ¿Qué te he hecho yo?

-Nada, Señor. Solo te estaba hablando de tu hija, Gertrudis. ¿No te das cuenta de que algo le pasa?

- ¡Qué le va a pasar a mi hija! Está bien.

-Te digo que la veo algo cambiada, como desganada y amargada.

-Siempre te imaginas cosas que no son. Yo no he notado absolutamente nada. A lo mejor está cansada, sencillamente. Hace poco estaba en la escuela. Pasó un mes con

preocupaciones y angustias por los exámenes. Déjala que se recupere y vuelva a encontrar su ritmo.

- No creo que sea eso. Estoy persuadida que es algo más profundo. No sé. Tendría que hablar más detenidamente con ella. Lo intenté varias veces pero es como si ella estuviera rehuyendo de mí, como si no quisiera hablarme. ¿Qué le he hecho yo?

- No vas a volver a empezar con tu sempiterna culpa.

-Son cosas que sienten las mujeres. Tú no eres más que un zoquete. Un ser insensible e indiferente a todo lo que te rodea.

-Ven para acá, mujer. Tú lo que necesitas son caricias y mimos.

-No estoy para eso, Matías. Veo que no me escuchas y que no me tomas en serio. No quiero que nada le pase a mi hija.

Doña Eugenia acababa de sentarse frente al espejo del tocador, desenredándose el pelo que todavía lo tenía casi sin canas y sedoso. Tras un largo momento de silencio en que don Matías pensó retomar el hilo de su artículo, le dijo Eugenia, con voz preocupada:

-Tú deberías de hablar con ella.

-¿Yo?

-Sí, tu –afirmó ella tajante.

-¿Y por qué yo?

*-Sencillamente porque te escucha. Y en el fondo te teme
–contestó doña Eugenia.*

-¿De qué me estás hablando? Estás equivocada Eugenia. A ti te toca hacerlo. Yo solo la veo en el almuerzo. El resto del día, muy bien sabes que estoy faenando y además, ¿qué demonio quieres que le diga? Y don Matías con tono y gestos teatrales: “Hola hija mía. Veo que no te sientes tan bien. Siéntate en las rodillas de papacito y cuéntame tus desgracias y pupas del alma”. Me va a mandar a paseo, Gertrudis. ¡Ya no es una niña! Tú la mimaste demasiado.

-¡Cómo que la mimé demasiado! ¿Quién le agasaja tantos presentes y obsequios para la navidad, el cumpleaños, el día de su santo y qué sé yo! ¿Quién le ha regalado tantos premios y gratificaciones por sus buenos resultados en primaria y en el colegio? ¿Acaso no eres tú? Quien le abrió una cuenta bancaria hace una semana al titularse

de bachiller. ¿Te burlas de mí o qué? Ni los hijos tuvieron lo que ella ha tenido.

Don Matías se quedó silencioso ante la embestida de doña Eugenia a sabiendas de que no servía para nada seguir hablando. Mejor era callar. Después de tantos años de casado, conocía todas las manías, artificios y rarezas de su esposa. Entre sí, sabía que no hablaría con su hija porque sencillamente no le pasaba nada. Solo eran hipótesis, suposiciones y conjeturas de su esposa. Solo dijo don Matías con tono pensativo:

-Pienso que su único tema de preocupación debe ser su porvenir.

- ¿Crees tú?

-Así es mujer. Todavía no lo tiene claro. Recuerda que la última vez que tocamos el tema, hace un mes, ella dijo que quería trabajar, que no quería seguir estudiando.

- Yo nunca me opuse a que trabajase –dijo espontáneamente doña Eugenia.

- Pero ¿quién dice? Tranquilízate, mujer. Serénate. ¿Por qué te pones tan tensa? Siempre hemos querido lo mejor para nuestra hija, igual para los hijos. Deja de preocu-

parte tanto y de dramatizar las cosas. Si quiere trabajar ella, que trabaje. No veo donde está el problema. Yo hubiera preferido que siguiera estudiando. Ya hablamos de eso con ella. Ella no quiere, no quiere. Y yo no quiero seguir peleando con ella al respecto. Tú misma estás de acuerdo conmigo en el hecho de que es una burda tontería dejar los estudios cuando además tiene ella las capacidades para tener un muy buen oficio.

Doña Eugenia se había sentado en la cama al lado de su marido. Parecía más quieta y empezó a acariciarle la mano.

-Tienes razón, querido. A lo mejor es lo que la tiene preocupada. ¿Pero qué podemos hacer nosotros?

-Nada. Nada. Solo es esperar, cariño.

-¿Esperar? —Preguntó doña Eugenia, algo inquieta e intranquila.

-Sí, esperar. Eso es. Solo esperar. Esperar a que nos diga lo que piensa hacer de su vida. No es nada del otro mundo. No creo que quiera quedarse trabajando en la finca aunque podría yo darle un puesto de administradora. Yo la sondeé varias veces pero, a todas luces, no le interesa.

Incluso le hice la misma oferta que a sus hermanos ofreciéndole hectáreas de tierra pero ni le puso mente.

-¿No te contestó? –preguntó doña Eugenia.

-Ni una sola palabra. Se hizo la tonta. Incluso me mostré comprensivo con ella pensando que a lo mejor lo que quería era alejarse un poco de nosotros y por consiguiente le hice saber que existían posibilidades de empleo en el pueblo, en la administración pública o en otras fincas del lugar. Pero se portó bastante renuente y reacia a ello. ¡Qué quieres que te diga! Esperemos.

-Esperemos, pues, amorcito-. Doña Eugenia apagó el quinqué y le dio las buenas noches a su marido dándole un beso.

- No te preocupes tanto, Eugenia. Mañana es otro día.

IV

Pese a los deseos del alcalde y novel diputado del partido, calificados por algunos de meras entelequias y auténticos delirios, Santa Rosa no era todavía ciudad sino aldea. Por cierto se había extendido pero no en demasía, como lo contemplaba el joven alcalde que ya había empezado, a pesar de su mocedad, su tercer mandato. Según los anales y las memorias de los ancianos de la comarca que esta vez convergían y concordaban, fue el más joven alcalde de la historia de la aldea. El hecho de que fuera el más joven y además buen mozo, le ayudaron indudablemente a triunfar de sus rivales sin mayores dificultades. Pero la verdad es que la familia de él era una de las más pudientes e influyentes de la comarca y bien podría-se decir la más poderosa y acaudalada. Su poderío llegaba hasta las Cortes en las que también había sido diputado su abuelo y hasta los círculos ministeriales en uno de los periodos más caóticos y rocambolescos de la historia de España tras la invasión napoleónica, la constitu-

ción liberal, la pérdida progresiva de las Colonias y la Restauración de Fernando VII. En pocas palabras, un follón de las cien mil putas con intrigas, maquinaciones, traiciones, maniobras, pronunciamientos y chanchullós que seguían vigentes y en que las cosas cambiaban sin cambiar. Atravesó pues el abuelo a lomo de mula, luego en calesa y por último en carroza ese cafarnaúm, auténtica leonera sin ton ni son que mucho tenía de atolladero putrefacto, nauseabundo y mierdero. El nieto, don Plutarco, mucho tenía del temperamento serpentino del abuelo, de lo contrario, nunca hubiera iniciado su reciente y creciente vida de prócer, prohombre y patricio de la región.

Se beneficiaba Santa Rosa de un clima bastante excepcional debido a su cercanía de la Sierra que frenaba y paraba en gran medida los vientos secos y muy cálidos procedentes de África. Era una especie de oasis en que todo crecía por la presencia de numerosos arroyos que al bajar de la Sierra, iban irrigando con abundancia la planicie limitada por numerosos bosques. Los inviernos eran dulces, suaves y apacibles y casi no se necesitaba calentar las casas en los periodos más fríos. Y se asombraban los vecinos cuando, en años muy excepcionales, caía nieve. Miraban con diversión y contento las calles, los tejados y

las huertas levemente cubiertos de un fino manto blanco como si fuera un espectáculo gracioso y placentero y no el anuncio de un invierno helado y crudo como solía ocurrir en otras regiones, incluso no muy alejadas del lugar. Era pues un pueblo que se había ido edificando gracias a su hermoso clima y a la fertilidad de sus tierras aledañas en que crecían tanto cereales, hortalizas como árboles frutales variados, en su mayoría cítricos y también cantidades de olivares y viñedos. Tenía pues Santa Rosa con sus variadas actividades básicas un sesgo netamente agrícola al igual que cualquier aldea que estuviese tan bien dotada. Pero a gusto del joven don Plutarco, el progreso tenía que penetrar Santa Rosa de par en par, cada cuadra, calle, casa y cabeza de sus moradores, grandes y pequeñas, haciendo de la aldea una verdadera ciudad, parecida o más grande y poderosa que Pozolindo. Tal era su firme convicción y guía personal. Según don Plutarco, era imprescindible insertar a Santa Rosa en el siglo, en los circuitos del desarrollo industrial y económico en que se vislumbraban inmensas innovaciones a punto de trastornar la faz de la tierra, del país y de la aldea. Y una de sus frases favoritas y predilectas que se reproducía en las banderolas electorales era: "Santa Rosa para todos: el futuro es nuestro". Él lo sabía por frecuentar los numerosos clubes, asociaciones, academias y tertulias políticos

y científicos de la capital en que contaba él con numerosos amigos que venían a veranear en sus tierras. Al ver pasar a los señoritos, los parroquianos, sentados en la terraza de la plaza mayor, los miraban diciendo ya han llegado “los del porvenir”. Y cada quien hacía sus comentarios en voz baja ya que la mayor parte de ellos no tenía voz. Conversaban entre risa y burla acerca de los jóvenes caballeros de la Corte, sus finos y elegantes atuendos, sobre las carrozas que ostentaban con sus respectivas armas en las puertas y de las que salían damas esmeradas, acicaladas y emperejiladas. Si bien las pelucas empolvadas ya no se lucían, por fantasmas guillotinescos de las damas que se imaginaban ver en sus noches de ensoñación su linda cabeza espolvoreada decapitada en una cesta de mimbre, el tocado seguía siendo estrafalario y estrambótico. En sus paseos del atardecer, montaban los caballeros las monturas de raza del señorito, propiedad de su acaballadero.

Pero la verdad es que al iniciar su tercer mandato el alcalde y novel diputado, el porvenir tenía retraso y una impronta marcadamente familiar. Las fiestas patronales y las conmemoraciones patrias se volvían cada vez más aparatosas y ostentosas y atraían a la gente de toda la comarca y de más lejos. Cada año, las presidía un invita-

do de honor, la mayoría de las veces, un insigne e ilustre político o académico de la Corte, procedente del círculo relacional del joven alcalde diputado. Las inauguraba un lustroso desfile militar de la Guardia rural a caballo y las cerraba, ante un público selecto compuesto de las máximas autoridades políticas, económicas, administrativas y religiosas de la región, la entrega de los Laureles de Santa Rosa al invitado de honor por el mismísimo don Plutarco. A las fiestas le daban un esplendoroso eco nacional los amigos periodistas de don Plutarco que recreaban un ambiente festivo, mágico y de dulce algarabía en que reinaba la armonía de un pueblo cada vez más próspero bajo el faro de su excepcional guía en la persona del ilustrísimo don Plutarco del Carrascal. Para mucha gente, era la marca del progreso. Tal vez por primera vez en su historia, el nombre de Santa Rosa se leía en la prensa capitalina y no solo en la última página o en un modesto recuadro perdido entre un sinnúmero de eventos culturales, sino en negrilla y con gruesos caracteres en los que se destacaba y descollaba el dechado de concordia, unión y bonanza bajo la ilustración de don Plutarco del Carrascal.

Durante dichas fiestas en que se bailaba hasta la madrugada, corría a chorro el vino y el buen humor. Sobraban

las tapas y los manjares más exquisitos así como las golosinas para los niños. Todo a buen precio o gratuito según los puestos de venta. Huelga decir que la augusta raza del Carrascal tenía casi asegurado su vitalicio poderío sobre la región que vino a concretar, de mármol y bronce y a modo de arma, la estatua del abuelo a caballo en el recién creado parque floral frente a la segunda escuela primaria, tal vez la única realización del joven alcalde diputado a lo largo de sus varios mandatos. Lo que ignoraba la gente era que las fiestas las alimentaban, en su gran mayoría, los excedentes de producción -y a veces no de los mejores- de las mismas propiedades de don Plutarco que se alababa de organizar las ferias sin aumentar ni siquiera tasas o impuestos. Los obreros agrícolas del señorío de don Plutarco que tuvieron la osadía de divulgar esa falsa noticia fueron despedidos de inmediato y les costó, huelga decirlo, volver a encontrar un trabajo en la comarca. Así florecía Santa Rosa.

V

Estaba regando las hortalizas Gertrudis cuando oyó la campanilla del portón. Se quitó de inmediato el delantal y se precipitó hacia la entrada. No era el cartero sino sus dos amigas Victoria y Antonia. Se puso contentísima Gertrudis y las tres amigas de colegio se fueron para la casa. Doña Eugenia que estaba en la sala desgranando guisantes se alegró al verlas. Dejó su tarea y les fue a traer zumos caseros con galletas. Así era doña Eugenia. Muy servicial, muy atenta con los demás y muy cariñosa. Siempre le había gustado recibir. Por supuesto ya no era como antes, cuando casi cada fin de semana se llenaba la casa de amigos y parientes hasta el domingo por la tarde. Por cierto, los hijos de Policarpo alegraban la casa a diario y ella bien los cuidaba, dándole a cada uno mucho amor, mimos y ternura. Siempre estaban metidos en la casa asistiéndola, en exceso según Begonia, su madre. En casa de los abuelos, los tres nietos nunca se aburrían y participaban en la mayor parte de las tareas diarias

ayudando incluso en la cocina, haciendo pasteles y travesuras con la cómplice mirada de Luisa, la cocinera. Lo que más les gustaba a ellos era darles de comer a las aves de corral, ver crecer los polluelos, jugar con los gatitos, ir a tirarse desde lo alto de las gavillas y, sobre todo, ordeñar las vacas o bien con la abuela o bien con el abuelo cuando tiempo le daba a él de hacerlo. También les encantaba ir solos a recoger fresas, grosellas rojas y negras y mirtillos. Todavía no tenían la edad para ir a recolectar las frutas del vergel así como para ir a ver a los caballos. Tenían que ir acompañados. Antes los llevaba Gertrudis pero ya estaba hasta la coronilla de soportar las necesidades y sandeces de los tres mocosos. Y ellos le correspondían sacándole la lengua o escondiéndole las cosas cuando más las necesitaba. Así que la casa seguía llena de vida.

Grosso modo, doña Eugenia se llevaba bien con Begonia y también con Antonia, la esposa de Cristóbal y gustaba de recibir a las novias de sus dos últimos hijos aunque no podía prescindir de dar su opinión, a veces tiernamente cruel, sobre cada una de ellas. Así que tanto Horacio como Leandro decidieron, sin consultar el uno con el otro -lo que produjo la primera vez cierto embarazo- llevar a las novias a casa de Policarpo o Cristóbal hasta que la

cosa fuese más formal y seria para presentárselas a la madre. Pero para doña Eugenia, ya no era como antes. La vida, una la vive tan solo una vez, solía repetir ella en sus adentros. Tras cumplimentar a Victoria y a Antonia por la obtención del título, se fue a la cocina para dejar a las tres muchachas solas. Y ellas se pusieron a conversar alegremente, de modo chistoso, acerca de los recientes exámenes, compartiendo angustias, zozobras y felicidades que pronto no serían más que un recuerdo. Ya habían terminado el bachillerato y empezaba para cada una de ellas una nueva vida que translucía en sus caras lozanas y risueñas cuando en eso, pasó Leandro por la sala.

-¡Hola señoritas! —dijo Leandro.

Tenía Leandro cara de desvelo y de contento. Era como si en su mente se prolongara la noche de parranda. Gertrudis se levantó para saludar a su hermano y lo felicitó por aprobar el segundo año de agronomía. Sus padres le habían comunicado a ella la buena noticia la víspera pero él prefirió quedarse en Peñablanca para celebrarlo con sus amigos. Las dos muchachas también se habían puesto de pie.

-Felicitaciones, Leandro – dijo Victoria tendiéndole la mano.

-Felicitaciones, -dijo tímidamente Antonia, inclinando la cabeza.

Al ver el alegre semblante de cada una de ellas y el buen humor de las tres compañeras de clase, no dudó Leandro un solo instante de que ambas se habían bachillerado y tras soltar la mano de Victoria, se acercó a Antonia para darle la enhorabuena. Ella dio un paso hacia atrás, como de rechazo, pero la naturalidad de Leandro era tal que se enlazaron en un confuso abrazo. Ambas eran señoritas muy monas y elegantes y cada una tenía su propio encanto. Victoria era más esbelta, alta y tenía un pizco de arrogancia en el porte y la mirada mientras que Antonia tenía más formas, ojos profundos, una boca carnososa y una coquetería innata que perdió de inmediato delante de Leandro, agachando el rostro para que no se notara el sonrojo de sus mejillas. Pero era demasiado tarde, tanto Gertrudis como Victoria lo habían advertido y se miraron con malicia. Gertrudis no pudo hacer otra cosa que proponerle a su hermano que se sentara a la mesa para compartir palabras y galletas con ellas. Pero él se negó, alegando susurrando que ya era hora de dormir y se puso

el índice en los labios como quien dice no digan nada a mi madre. Las tres se pusieron a sonreír.

-¿Y no dormiste en toda la noche? – le preguntó su hermana en voz baja.

Y mirando hacia la cocina, le contestó Leandro en voz alta:

-Claro que sí, hermana. Fuimos con unos amigos a tomar una copa o tal vez dos y luego regresamos temprano a casa de Enrique porque tenía que irse al día siguiente a la capital con su padre.

En eso Victoria le guiñó el ojo. Leandro, cansadísimo y agotado, no supo en ese momento cómo interpretar ese gesto que le pareció más bien una ilusión. Apuró la taza de café y se despidió de ellas muy cortésmente expresando el deseo de volver a verlas muy pronto.

Al quitarse los calcetines antes de acostarse, sin saber con certeza si era de día o de noche, se quedó perplejo Leandro al pensar que definitivamente su persona ejercía cierto embrujo sobre algunas señoritas de su edad. Y se durmió de inmediato dejándose llevar por dulces y encantadores sueños.

Tras su partida, fue como si volviera a respirar, aliviada, Antonia y para alejar el eventual peligro de unas preguntas o insinuaciones tan necias como estúpidas, se puso a hablar frenéticamente de lo que haría en septiembre.

VI

Tras convidar doña Eugenia a Victoria y a Antonia a almorzar, se fueron las tres muchachas al aposento de Gertrudis. Allí conversaron horas y horas a tontas y a locas.

-¿Y por qué no vienes este sábado a mi casa? –Le preguntó Victoria a Gertrudis. Mis padres organizan una recepción. Así te vas a alegrar un poco y salir de esa aflicción monótona en la que te veo enfrascada y que a mí me desespera.

- ¡Vamos! Gertrudis, no te hagas la rogada – le dijo Antonia. Vamos a divertirnos, vamos a alegrarnos. Eso es lo que te hace falta.

-No sé, no sé, lo voy a pensar. Lo que pasa es que no tengo las ideas bien claras. Ustedes no tienen ese tipo de contrariedades o desazones.

-No exageres, Gertrudis. Lo que pasa es que lo ves todo negro y te ensimismas demasiado –le dijo Victoria. Así no vas a apaciguar tus inquietudes.

-Tiene razón Victoria. Créeme Gertrudis. Deberías de hablar con tus padres. Ellos son buenos y no creo que se opongan a que vayas a estudiar a Pozolindo. El único problema tuyo, según lo que entiendo, es que no tienes donde vivir allá y eso es lo que más te mata.

- Para ustedes, todo es fácil. Viven sin atadura alguna, son libres de hacer lo que quieran, se van de vacaciones a la costa, todo bonito. Y además, se van a cursar estudios a la capital el próximo año. Yo no tengo esa suerte.

- Si lo ves así, nunca vas a salir de esa tristeza y amargura.

-Pero no creo que mis padres me dejen abandonar la casa e irme sola. ¿Tampoco lo harían sus padres, verdad?

-Eso es cierto- asintieron Victoria y Antonia.

- Pienso que los míos están convencidos de que voy a buscar trabajo en el pueblo y como tonta que soy, se los dije yo misma. Así que me queda poco tiempo para decidirme y eso es lo que me sofoca.

- *Espera la respuesta del Instituto y sé franca con ellos*
- *dijo Antonia. No veo de otra.*

-*Lo sé, lo sé. Es lo que pienso hacer. Pero estoy convencida de que no me dejarán irme sola. Yo conozco a mis padres. Será un no rotundo. Hablé con Leandro y sé que, al menos, puedo contar con su complicidad. Él me prometió sondear a los padres para saber lo que opinan al respecto y obrar por mí con mucha discreción. Espero que no meta las patas.*

-*Mira, Gertrudis. Por mi parte, voy a hablar con los míos para ver si ellos te pueden ayudar con el alojamiento. Tú sabes que tengo familia en Pozolindo pero no quiero prometerte nada. Puede ser que uno de ellos te alquile un cuarto y así estarían más tranquilos tus padres, más serenos, digamos. Pero eso tendrías que consultarlo con ellos. Y te lo repito, no es nada seguro. Y no puedo, entenderás, comprometerme enseguida.*

- *Por supuesto Victoria y gracias, gracias por tu ayuda. Te lo agradezco muchísimo. Me siento más tranquila.*

-*De nada, amiga mía –contestó Victoria. Para eso están las amigas.*

-Bueno – volvió a preguntar Antonia, insistiendo: ¿Podemos contar contigo este sábado?

-Vamos, Gertrudis. Haz un esfuerzo –replicó Victoria. Dormirás en casa y así tendremos tiempo de charlar y divertirnos. Recuerda la vez pasada lo bien que la pasamos. ¿No me vas a decir que no?

-Es cierto. La pasamos muy alegre.

Y las tres se pusieron a reír recordando los buenos momentos pasados en casa de Victoria contándose hasta el amanecer sus lances amorosos y futuras conquistas, fumando tabaco en el balcón del aposento de ella y tomándose vino que se habían ingeniado a robar en la bodega del padre.

-¡Que casi nos pilla el capataz! – dijo muerta de risa Antonia.

-Te imaginas si nos hubiera agarrado in fraganti – añadió, risueña, Gertrudis.

-¡Ah Dios mío! Mejor ni pensarlo –agregó carcajeándose Victoria.

-Y por cierto Victoria, ¿Sabes quiénes estarán presentes este sábado? – preguntó Gertrudis.

-No, no lo sé. Solo sé que Richard viene con sus padres a casa por dos semanas.

-¡Ah no me digas! Ese farsante y creído –contestó Gertrudis.

-Que bien te gusta, mentirosa -le dijo Victoria. ¿No anduviste con él el año pasado? Y qué triste te pusiste cuando se fue de Santa Rosa. ¿No eran novios acaso?

-En cierta medida sí. Pero es cosa del pasado. Ya no me llama la atención.

- Yo lo encuentro buen mozo- contestó Antonia. A mí siempre me dio buena impresión. Es fino, bien educado y muy ameno.

- Pero demasiado arrogante y tramoyista en exceso –replicó Gertrudis.

Y de repente se oyó una voz:

-¡Niñas, ya está el almuerzo! ¡Bajen por favor!

-Ya vamos, madre -gritó Gertrudis desde lo alto de la escalera. Ya se sentía mejor y en el fondo de su alma, sabía ella que tenían la razón sus dos amigas. Ella tenía que

enfrentarse a sus padres y no quedarse encerrada y presa de sus dudas, aprensiones y recelos.

- ¿Y? ¿Aceptas? -inquirió Victoria.

-Está bien. Está bien. Voy a ir. Tengo que distraerme un poco. Solo es hablar con mis padres.

Y las dos muchachas la abrazaron como hermanas, contentísimas de poder contar con su presencia en la recepción. De lo contrario, hubiera sido muy distinto. Victoria, Antonia y Gertrudis se completaban y con el transcurrir de los años, habían aprendido a apreciarse cada vez más, ayudándose en las buenas como en las malas. La amistad que las unía había resistido a las vicisitudes del colegio y, de cierta forma, cada una sabía que ese año era el último, que después sería algo diferente y querían coronar ese momento, ese adiós o hasta luego con un broche de oro, festivo e inolvidable, prometiéndose no perderse de vista jamás y seguir manteniendo ese entrañable lazo estén donde estén, pase lo que pase.

Las tres bajaron corriendo, felices, y se sentaron a la mesa donde les esperaba un apetitoso almuerzo.

VII

Agarraron Don Matías y Horacio sus respectivas gorras de la percha y salieron de la cocina, deslumbrados por la insolencia e impertinencia del sol de las tres que se reflejaba en las blanquísimas paredes y encalados muros de la finca. Estaban caminando en silencio digiriendo, a paso lento, el guisado de Luisa, la cocinera. Usualmente, nunca tomaban a mediodía pero esta vez, solo por el fumé que salía de la olla al entrar en casa, no pudo resistir don Matías a la tentación de sacar una buena botella de tinto casero y, por supuesto, de tomársela con el hijo. Había cocinado Luisa unos sabrosos lomos de venado en salsa negra con puré de papas que, de verdad, era de chuparse los dedos. Y con ese vinito serrano fue una pura maravilla. Desgraciadamente, mucha faena les esperaba en el viñedo. Este año, se anunciaba una muy buena cosecha. Lluvias abundantes por la noche y un soleamiento “dorado” como se suele decir en la comarca, ideal para

que las uvas alcancen un grado de azúcar no tan alto ni tan bajo. El resto era pura magia de la tierra misma.

-Mejor irnos en ese bohemio carro- dijo don Matías. Me siento tan pesado que estoy por reventar.

-Como quieras padre – contestó Horacio, reidor y somnoliento.

Y arrancó solo el carro con toldo, guiado por el bondadoso caballo que los condujo, de memoria, hasta el viñedo situado a unas leguas de la casa, justo el tiempo necesario para dormir una siestita.

Estaba arreglando la cocina doña Eugenia con Luisa y Juliana, la única empleada, quien estaba limpiando el piso mientras estaba secando Luisa los trastos.

-Es bueno que reciba visitas, la señorita –dijo Luisa, dirigiéndose a doña Eugenia-. Al menos se alegra. Hacía tiempo que no la miraba así tan contenta.

-Tienes razón, Luisa. A mí también me place verla más animada, con más entusiasmo. La verdad es que no sé lo que le pasa. Debería de rebosar de alegría. Ya se recibió y tiene toda la vida por delante. Yo, a su edad, vivía la

vida a tope y con ganas. Y no teníamos, don Matías y yo, tantas facilidades, créanme.

- Le pasará –dijo Juliana. Es una buena chica y como todas las chicas de su edad, tiene altibajos. Y además...

Se paró Juliana, viendo que iba a decir cosas indebidas.

- ¿Algo quería decir, Juliana? – preguntó doña Eugenia.

- Nada, señora –contestó Juliana, vacilante, como si hubiera metido la pata.

-Pues, habla, mujer. Gertrudis no te puede oír. Si sabes algo, tienes que decírmelo. Es mi hija.

- Por supuesto señora, nunca le escondería cosas. Tan solo estaba pensando en algo, bobadas, algo sin importancia.

-¡Pero te sueltas o qué? –dijo Luisa, como incitándola a que hablara. ¿Por qué tanto misterio?

-Bueno, pues... Pero a lo mejor son tonterías mías que ni valen la pena mencionar. Estupideces, ganserías, nada más.

-Por favor, Juliana –insistió con tono más serio doña Eugenia.

-Bueno pues... pero no me regañe, doña Eugenia. ¿Vale?

- Vale. Se lo prometo –contestó doña Eugenia, algo irritada. Pero por favor, habla.

-Bueno. La semana pasada, al arreglar el cuarto de la señorita, encontré una esquila que me imagino yo, se le había olvidado quitar de debajo del colchón. Yo solo iba a cambiarle las sábanas.

-¿Y? –preguntó intrigada doña Eugenia, ya sudada y pálida, pensando de inmediato que tenía su hija un lío con algún novio y que a lo mejor... estaba embarazada.

-Lo que pasa es que, al inicio, no quería leerla. Se lo juro por mi madre que en paz descansa. Había pues apartado el billete. Pero la caligrafía era tan bonita y tan esmerada que...

-¿Qué te pasa, tontita? - le preguntó Luisa, que ya estaba absorta en la intriga- ¿Por qué te paras? Cuéntanos.

Ya se imaginaba doña Eugenia a la niña con la gran panza y tuvo que sentarse. Se le flaqueaban las piernas. No puede ser. No puede ser. ¿Cómo que no me he dado cuenta! ¡Qué lela soy! Soy una estúpida –recriminaba

entre dientes doña Eugenia. Se le temblaban las manos y Luisa le acercó un vaso de agua que se tomó de una sola vez.

-¿Quiere otro? —doña Eugenia.

-Por favor, Luisa. No me siento bien. No me siento bien. Siento que voy a desmayarme.

-Ya se lo había dicho —dijo apenada y arrepentida Juliana. Mejor hubiera callado. Ya me voy.

Y se desabrochó precipitadamente el delantal.

VIII

Ajada estaba Juliana por irse cuando la llamó en tono seco y terminante doña Eugenia.

-Por favor, Juliana. Quédate. Te lo ordeno. Mejor que te quedes y que me digas toda la verdad de una sola vez. Aguantaré. Te le prometo. Aguantaré. Tú no tienes nada de culpa. No hiciste más que tu trabajo. La culpa la tiene mi hija. Hubiera guardado mejor sus cosas personales. Nada te puedes reprochar.

Hubo un silencio. Juliana estaba indecisa, vacilante y confusa. El rubor de su rostro denotaba irritación así como la mano izquierda que apretaba firme y nerviosamente un trapo. Y finalmente, pudo más la sinceridad. Ella misma se había metido en ese enredo. Ella misma tenía que salir de ese mal paso.

-¿Cómo se siente? –le preguntó Juliana a su señora.

-Mejor, gracias. Pero tienes que decirme la verdad. ¿Qué decía el billete?

-Eran cosas de amor, señora, nada más.

-¿Nada más? ¿Qué significa nada más sino que ya es algo? ¿Así es o no?

-Por cierto – contestó Juliana con una réplica a dos luces.

-Por favor, Juliana –dijo calmadamente Luisa. Si soy yo la que molesto, me voy. Son cosas íntimas y a lo mejor estoy de sobra.

-Solo faltaba eso – contestó doña Eugenia. Si tú conoces a Gertrudis desde nena. ¿No la meciste en brazos? ¿Qué me estás contando Luisa? Tú eres parte de la familia. Por favor, no te pongas así. Bueno Juliana, te lo ruego por última vez, al grano.

Doña Eugenia había recobrado serenidad y autoridad. Ya estaba lista.

-Era una carta larga, apasionada y muy romántica... de un señor muy culto o señorito muy culto, quiero decir, porque también los hay que saben expresarme muy bien. Y conocí personalmente a un tal...

-Por favor, Juliana, no te extravíes. Solo te pido que me digas llanamente que decía la carta y quién la escribió. ¡No es nada del otro mundo! ¿Te parece?

-Claro señora.

- Pues, al grano. Te escuchamos. Somos todos oídos.

-Le decía pues que esa carta finísima y delicadísima, olía a caballero, hombre de experiencia, lector asiduo... poeta tal vez... que maneja la pluma y la dulzura de ella con auténtico regodeo, tanto en la caligrafía como en... las imágenes. Así es, tanto en la caligrafía como en las imágenes.

Doña Eugenia y Luisa estaban pasmadas. Era como si la carta hubiera sido dirigida a Juliana en persona. Al recordarla, Juliana estaba como metamorfoseada y sublimada por el anónimo autor de esa misiva.

-¿Pero de qué hablaba esa carta? ¿Nombraba a Gertrudis? –preguntó doña Eugenia, preocupadísima.

-Por supuesto, señora, y ¡de qué manera!, se lo digo –contestó ella, como arrebatada por la intensa elocuencia que de la misiva se desprendía.

Pero todavía sentía Juliana cierto recelo al hablar de la esquila pensando en qué diría doña Eugenia. Ella misma se la había aprendido de memoria, casi entera, y le daba pena que se diera cuenta doña Eugenia. O a lo mejor pensó ella, ni me va a creer, pensará que yo he inventado buena parte de esa misiva o que es obra mía, fruto de mi ingenio o de una alicantina mía. Y decidida, se lanzó. Nada tenía que temer si era la mera verdad, monda y lironda:

-Así empezaba la carta, dona Eugenia, si bien recuerdo:

“Gertrudis de mi alma... Amada mía... Dulce néctar primaveral.

Largas noches sin verte, que en tus brazos me despierto... sufriendo mi alma, el eclipse de tus fragancias... Como el arrullo de las... golondrinas, al amanecer, la fuente tuya... me despierta. En nuestras golosinas, Inmerso vivo... ternuras y querencias, sin vivir, las ansias y ardientes... ansiedades del fruto tuyo...

Doña Eugenia y Luisa estaban boquiabiertas, atónitas, sin decir ni pío como suspensas en el etéreo lirismo de ese atrevido y temerario individuo. Hubo un largo silencio en que Juliana ni supo qué hacer, si seguir recitando el

inicio de la carta que se sabía de memoria de tan linda que encontraba la lírica de esa pluma o...

-Pues hija mía –dijo doña Eugenia- ¡Vaya asunto! y añadió, perpleja y pensativa:

-¿Y cómo se llama ese señor?

-No lo sé – contestó Juliana. Tan solo aparecían iniciales. G.S si bien recuerdo.

Juliana entendió que no valía la pena seguir. Y de repente, entró Gertrudis, alborozada, sin fijarse ni siquiera en el ambiente un tanto raro que reinaba en la cocina.

-Madre –dijo ella – regocijada, me invita Victoria a pasar el fin de semana donde sus padres, con Antonia. ¿Me das permiso?

-Pues hija... si... tú quieres, si... te da la gana, si... se te antoja.

-Gracias madre-. Y le dio un beso.

Gertrudis se fue tan de prisa como había entrado mientras doña Eugenia se quedó inmersa en sus cavilaciones.

-Bueno, -dijo ella-dirigiéndose a Luisa y a Juliana-. Veremos lo que nos depare el futuro. Y no te preocupes, Ju-

liana, tuviste mucho valer en decirme las cosas y por favor, huelga decir que ese asunto queda entre nosotras.

Asintieron con la cabeza Julia y Juliana y cada una de las tres volvió a sus tareas.

IX

Estaba Gertrudis en su aposento, escogiendo la ropa que se pondría el día siguiente para la recepción del sábado cuando llamó a la puerta Juliana.

-Doña Gertrudis, doña Gertrudis, tengo una carta para usted.

Dejó Gertrudis los vestidos en la cama y abrió la puerta. Se fijó en el sello del sobre que era del Instituto. Se puso nerviosa y le dio las gracias a Juliana. Era la carta tan esperada. Se sentó tras el escritorio donde estaban disimuladas algunas de las cartas de su novio, agarró un corta-papeles y la abrió suspirando hondamente como si de ella dependiera su vida. Al ver lo escueto de la carta, pensó ella que habían rechazado su candidatura pero al hojear las páginas siguientes, se le borró el mal presentimiento.

Estimada Señorita Gertrudis,

Me es grato anunciarle que su candidatura ha sido seleccionada para ingresar en primer año de Contabilidad. Adjunto encontrará los requisitos de matrícula así como el calendario escolar.

Me alegro mucho con la idea de contar con su presencia para el próximo año y le ruego nos envíe a lo más tardar el 15 de este mes, los documentos debidamente rellenos.

Muy atentamente,

Sr. Douglas Giménez,

Director del Instituto de contabilidad

Gertrudis se tendió en la cama, aliviada y tranquilizada. No había en sí de contento y de júbilo. Estaba como unas pascuas. Saboreó ese instante como si fuera la promesa de un cambio de vida, lejos de la familia y tan cerca, al fin, de su amor. Volvió a leer sus cartas y se sintió en la gloria. Pozolindo ya no era una ficción, un sueño inalcanzable. Con esta carta, pensó ella, ya di el primer paso. Solo me falta convencer a mis padres. El resto es lo de menos. Y empezó a barajar las formas y maneras con

que dirigirse a sus padres, primero a su madre y luego a su padre. Pero antes, tenía que hablar con Julia, Leandro y tal vez otros de sus hermanos.

Decidió Gertrudis escribirle a su novio para anunciarle la buena noticia y empezó a recordar los dulces momentos pasados con él desde que se conocieron. La primera vez que lo vio fue cuando el año pasado, al salir del colegio, se le rompió la correa de su cartapacio y decidió ir a la tienda de abarrotes. Una hora tenía por delante antes de que pasara la diligencia que la llevaba a diario a casa. Entró en la tienda que estaba en el centro, a dos cuadras del colegio y pidió hilo y aguja. Una muchacha la atendió y al no encontrar hilo de color marrón, llamó al responsable. Se acercó un joven de unos veinticinco años. Era alto, delgado, de ojos verdes y tez morena. Lucía un fino bigote y el pelo recién cortado y perfumado que le daba un porte elegante y refinado.

-Desgraciadamente, señorita, no tenemos hilo marrón pero sí negro, azul, rojo, amarillo, blanco, verde...

El joven seguía enumerando un sinfín de hilos de color hasta el punto de que incluso Gertrudis se preguntó si realmente los tenía todos en la tienda.

-Bueno –dijo Gertrudis, al no tener hilo marrón, solo le compro la aguja.

-Disculpe señorita. ¿Para qué lo necesita?

-Mire, señor, acabo de romper la correa de este cartapacio.

-A mi modo de ver, yo no veo porque no utilizar hilo negro.

-Sencillamente porque el hilo del cartapacio es marrón, señor.

-Como quiera señorita, pero bien podría ponerle hilo negro o de otro color. De todas formas, no se ve la diferencia dado que el lugar donde se rompió está casi por debajo del cartapacio.

-En eso tiene razón, Señor.

-Bueno ¿qué hacemos? Aquí está la aguja y el hilo...

-Negro –contestó ella sonriente.

-Vale. Le voy a buscar hilo negro. ¿Pero lo va a coser usted misma?

-Claro que sí.

-Me temo que le resulte difícil.

-¿Y por qué?

-Sencillamente porque es cuero, señorita. Y al ver sus finas y esmeradas manos, no creo que esté acostumbrada a coser.

Gertrudis se sintió como apenada a la par que halagada y no supo qué contestar.

-Algo le propongo. Me deja su cartapacio y yo mismo se lo hago.

-Es que tengo poco tiempo.

-¿Usted no vive en Peñablanca, verdad?

-Acá estudio.

-Bueno, déjeme diez minutos y se le vuelvo a coser la correa. Siéntese. Y llamó a la dependienta para que le sirviera un fresco.

-No. No puedo, Señor. Voy a perder la diligencia – replicó Gertrudis mirando el reloj de mano.

-Diligencia tengo yo. No se preocupe, Señorita...

Gertrudis ni le dejó el tiempo de terminar su frase. Se puso irritada ante el atrevimiento del desconocido y le dijo secamente:

-Y ¿quién se cree usted? ¿Piensa que soy de esas mujeres que se dejan llevar a casa de un desconocido?

-No sé de qué me habla, señorita. Usted se enoja sin fundamento. Me corta y me pone mala cara. Le repito que tengo diligencia para hacer las cosas. Le coso su cartapacio en un dos por tres. Mi padre era zapatero. Yo sé del oficio—le contestó bromeando el joven—.

Gertrudis estaba confusa, azorada y se puso colorada.

- Diez minutos nada más —contestó ella.

-Empiezo en seguida señorita.

Mientras estaba cociendo el cartapacio, ella lo estaba observando fingiendo detener su atención en los artículos de cocina en promoción. De vez en cuando, él la miraba con el rabillo del ojo sonriéndole. Mucha destreza y firmeza tenía en el manejo del cuero y de la aguja. Y de súbito, le dijo:

-Aquí está señorita. No creo que pierda su diligencia.

Ella esbozó una sonrisa tímida y maliciosa y le pagó el precio de la costura.

Unos días más tarde mientras estaba estudiando ella en su aposento, buscó un borrador y al abrir uno de los bolsillos del cartapacio, se dio cuenta de que había hilos de mil colores con una cajita de agujas. Ella los sacó, los puso en el escritorio y se alegró pensando de inmediato en el joven de la tienda de abarrotes. Y se imaginó ella que sería un buen motivo para volver a verlo. Los siguientes encuentros tuvieron lugar en la tienda comprando ella minucias y naderías hasta que un día, le propuso él que se vieran en otro lugar. Ese momento fue el inicio de ese gran amor a escondidas que nunca había sentido ella antes.

Terminó la redacción de la carta que le anunciaba su ingreso en el Instituto y la besó, dejando la huella de sus labios rojo intenso como firma.

X

Se fue al pueblo Gertrudis a dejar la carta. En el camino pensaba en lo que haría por la noche, si hablar ya con sus padres o esperar que volviera de la recepción. La segunda opción parecía la más conveniente y sensata. Victoria ya habría hablado con sus padres y tendría, quizás, una posibilidad de alojamiento. En este caso, con la carta del Instituto y la eventualidad de un piso, las cosas serían mucho más fáciles. Finalmente decidió callar y conversar del asunto solo con su hermano menor si es que estaba en casa. Pero al regresar, se topó con su madre que le dijo que quería hablar con ella enseguida. Gertrudis no se inmutó y la siguió hasta la sala.

-Mira, hija. Hace tiempo que no hablamos a solas. Me tienes algo preocupada.

-Y ¿por qué madre? Estoy bien.

-Te noto un poco retraída, distante e incluso esquiva.

-Es tan solo una impresión. Te aseguro que no pasa nada.

-Casi no hablas con nosotros como si huyeras de nuestra presencia. Yo lo entiendo. A tu edad, sentía algo parecido hacia mis padres. Lo veo normal. Ya eres toda una señorita. Pero sabe que aquí estoy para aconsejarte si lo necesitas, ¿me entiendes?

-Claro que sí, madre. No lo dudes. Yo sé que puedo contar contigo.

Y pensando que ya había terminado la plática, se levantó Gertrudis.

-Siéntate, hija, que no he terminado.

Volvió a sentarse Gertrudis y pensó de súbito que algo andaba mal, que algo había descubierto su madre. Tenía doña Eugenia la cara impenetrable, impasible y hablaba pausadamente pero con una fría determinación.

-Me gustaría hablar contigo del futuro, de tu porvenir. Has llegado ya a una etapa de tu vida en que se avencinan importantes elecciones...

-Lo sé, madre –contestó ella con irritación.

-Te ruego de que no me cortes la palabra, por favor. Soy tu madre y has de escucharme.

Se puso aún más tensa Gertrudis y estuvo a punto de irse. Harta estaba de esos sempiternos discursos y moralizadoras palabrerías. Pero tuvo que hacer esfuerzos descomunales para no ceder a sus impulsos y mandarlo todo al diablo.

-Lo hago por tu bien, hija mía. Me da la impresión de que estás muy indecisa y atormentada. Quisiera que tuviéramos una relación más fluida para tal vez evitarte traspies y deslices.

-¿A qué te refieres, madre?

-No me opongo a que vayas a casa de Victoria. Mucho respecto les tengo a sus padres. De todas formas, te di mi visto bueno. Y no retiro la palabra. Pero has de comportarte como una señorita madura y discreta y no como una frívola que se deja engañar por el primero que se te pone delante coqueteándote.

-Madre, me estás decepcionando. ¡Me tomas por una cualquiera! Soy tu hija. ¡Cómo se atreve a hablarme de esa forma?

Gertrudis estaba al borde, decidida a renunciar a la recepción de mañana y a irse definitivamente de esa casa.

-Solo te lo advierto, niña. No quiero hacerte ningún daño, muy al contrario. Siempre piensas mal de mí. Ni un solo consejo te puedo dar y ya te enojas o nos hace mala cara durante días y días. Todo el mundo en esta casa está preocupado por ti. ¿Acaso no te das cuenta o finges no darte cuenta? Todos te queremos y amamos pero nunca dejaré que te dejes engañar por unas cuantas palabras de amor que te ilusionan y prometen llevarte a la gloria. Muchas cosas sé de ti y más de lo que piensas así que no me obligues a decírtelas. Respecto tus secretos, tu intimididad pero hay límites que no puedes y no debes franquear de ningún modo. Y lo que sé, no te preocupes, lo guardaré para mí.

Sin lugar a dudas, doña Eugenia le había asestado a su hija un durísimo golpe que le cortó las alas. Guardaba silencio, exangüe, exánime como sintiéndose descubierta y aniquilada. Se le había subido la sangre a la cara y tenía los tímpanos hechos abejorro o campana mayor. Solo esperaba el fin de esa habladuría sinfín que se hacía cada vez más insoportable.

-Te deseo pues un buen fin de semana en casa de Victoria y con mucha formalidad, hija mía. Y por otra parte, necesito saber qué piensas hacer durante las vacaciones y el próximo año. Las decisiones ya no se pueden aplazar eternamente. Tengo que contestarle a Euxidia.

-No quiero ir, madre. No quiero ir, por favor.

-Te entiendo, Gertrudis. Así que no irás. Yo me encargaré de decírselo. No te preocupes. En cuanto al otro asunto aún más importante, necesito respuestas y ya. ¿Qué piensas hacer de tu vida? ¿No quieres estudiar más? ¿Quieres trabajar?

Gertrudis no sabía que contestar. Estaba turbada, azorada, desganada. Tenía la impresión de que todo se iba al suelo, de que todo se estaba derrumbando alrededor suyo. Hubo un largo silencio y contestó ella maquinalmente:

-Voy a seguir estudiando, madre. No quiero trabajar enseguida.

-No te pongas así, hija mía.

Doña Eugenia quiso acariciarle la mano pero ella se la quitó de encima bruscamente.

-Ahora estoy más tranquila, Gertrudis. Le diré a tu padre lo que acabas de aclararme y se pondrá muy contento. Él quería que siguieras estudiando y te apoyaremos, tenlo por seguro.

-¿Me puedo ir? ¿Ya me dijiste todo lo que querías decirme? -Le preguntó fríamente Gertrudis.

-Sí. Por tu bien, hija, por tu bien. No te equivoques. Y piensa en tu carrera, todavía eres muy joven, hija. Volveremos a hablar cuando tú lo decidas. ¿Vale?

- Vale.

Y se fue Gertrudis a su aposento del que no salió en toda la tarde y en toda la noche, dolida en cuerpo y alma, haciéndose un sinfín de preguntas y entre ellas, si todavía valía la pena ir a la recepción de Victoria. Postergó la decisión hasta el día siguiente, el mismo día de la recepción, pensando que tendría tal vez las ideas más claras. Estaba medio dormida cuando de repente se despertó sudada. Se levantó de golpe, encendió la luz y se puso a recoger las cartas de su novio que estaban en el escritorio, decidida a quemarlas todas. Y de repente, se detuvo y desistió, los ojos llorosos, pensando que por desgracia, lo hecho ya estaba hecho.

XI

Ese sábado fue un día excepcionalmente radiante. El cielo estaba azulísimo, sin ninguna nube. Un leve céfiro refrescaba la aridez del camino pedregoso y polvoroso. Manejaba Leandro la calesa y Gertrudis estaba sentada a su lado, elegantemente vestida. Llevaba un largo vestido rosado pastel cuyos faldones los dibujaban finos volantes de encaje. Encima de sus hombros levemente desnudados, llevaba un mantón bordado rojo tulipán del mismo color que sus labios y sus finos zapatos de cuero con hebilla plateada. Se había quitado el amplio sombrero de paja trenzada cuya cinta roja flotaba encima de su regazo. Iban caminando hacia Montilla, a paso lento, donde moraba Victoria. Gertrudis acababa de decirle que, al fin, había recibido la respuesta favorable del Instituto y que todavía no le había contado nada a sus padres.

-No te entiendo, Gertrudis. ¿Por qué tanto misterio?

- Sabes cómo son los padres, Leandro. A veces es mejor callar y preparar el terreno.

-Yo de ti les hubiera dicho la verdad. Pienso que se hubieran regocijado. Siempre nos dejaron escoger la carrera de nuestra elección. Nunca nos impusieron su voluntad. Y eso vale tanto para ti como para mí y los demás hermanos, que sea Policarpo, Cristóbal u Horacio.

-Eso lo dices porque todos son varones. En mi caso es distinto.

-Estás equivocada, Gertrudis. En lo que concierne a los estudios, te lo repito siempre nos dejaron plena libertad. ¿No fuiste tú la que dijiste que querías dejar los estudios tras bachillerarte? No lo invento.

-Claro que sí. Lo dije. Pero cada quien tiene el derecho de equivocarse. Ahora, quiero ir a estudiar a Pozolindo. Se lo conté a nuestra madre.

-¿Se lo contaste o no?

-Le conté que quería seguir estudiando.

-¿Y qué te dijo?

-Que estaba de acuerdo.

-¿Nada más?

-Nada más. Te lo juro.

-Pero no le dijiste que tenías la intención de irte para Pozolindo.

-Vuelve a ser lo mismo.

-No es lo mismo, Gertrudis. A veces no te entiendo. Tú misma te enredas y enredas a los demás. Sabes muy bien que los padres nunca se opondrán a que curses estudios superiores. Pero tienes que darles garantías. En Santa Rosa, que yo sepa, no hay ningún Instituto o Universidad. Te lo repito ¿por qué tanto secretismo?

-Así soy yo. Pienso que es mejor esperar. Además, toqué el tema con Victoria que todavía no sabe que me han aceptado y ella se propuso encontrarme un alojamiento en casa de familiares.

-Me alegro por ti. Pero todo eso bien hubiera podido decirselo a los padres. No te entiendo.

-Así es la ley de la vida, Leandro. Yo hago lo que me parece.

- *No quiero discutir. Solo te digo que tienes que contar con los demás. Tú vives en casa de los padres, no trabajas. Me parece lógico, ¿no es así?*

-*No me tomes el pelo con tu lógica. Y tú, estás como yo, que yo sepa.*

-*Así no es, tontita –contestó Leandro con tono irritado. Claro que vivo en casa de los padres y que no gano dinero pero durante las vacaciones, les ayudo en la finca y además, aparte, me gano un poco de dinero. Tú lo sabes muy bien.*

-*Te burlas de mí o qué. Y acaso yo no ayudo. Cada mañana, me las paso limpiando, fregando la ropa, ensuciándome en el patio.*

- *Qué bien, hermanita. Así hay que portarse. Debes ser solidaria hasta que te independices. Y luego verás.*

-*Pero ya no puedo más. Te lo juro. No puedo más.*

-*Haz un esfuerzo y lo conseguirás. No es poniendo esa mala cara a diario que se te van a solucionar tus supuestos problemas.*

- *Cállate que tengo la impresión de estar oyendo a mi madre. Y lo que está en juego, Leandro, es mi porvenir. Los problemas no me los invento.*

-*Lo que pasa, Gertrudis y permíteme decírtelo, es que a veces te portas como una niña mimada. Problemas no tienes. Te los inventas. Tienes una vida muy agradable y nada te hace falta. Si quieres ganar tu platita durante las vacaciones fuera de la finca que yo sé que no te gusta, lo puedes hacer. Puedes dar clases particulares. Tienes un buen nivel académico. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no lo has hecho? Solo te las pasa quejándote.*

- *Me juzgas mal, Leandro. Yo pensaba que podía contar contigo pero veo que eres como los demás. Me equivoqué.*

Viendo que no estaba Gertrudis en sus cabales, intentó Leandro apaciguar las cosas y decidió acallar las críticas si bien estaba convencido en su fuero interno que tenía él toda la razón. Tal vez pensaba él, al ver el estado de ánimo colérico, irritable y enojadizo de su hermana, que bien era capaz de cometer alguna tontería o torpeza propia de su hastío e inexperiencia.

-*No te enfades, hermana. No hay que tomar las cosas tan a pecho. Sabes que puedes contar conmigo pero eso sí*

que tienes que hacer un esfuerzo. Todo se va a solucionar con tal que tengas paciencia. Yo hablaré con los padres y verás lo bonito que es vivir y estudiar en Pozolindo. Y además, no te olvides de que hoy mismo te vas a divertir. A eso te llevo, ¿no?

Gertrudis tenía los ojos vidriosos y todavía se le temblaban las manos de los nervios pero pronto se apaciguó como si las últimas frases de su hermano las hubiera hecho volver a la realidad del momento.

XII

La casa de Victoria era una casa señorial ubicada en las afueras del pueblo, camino de Montilla. Una de esas casas antiguas e imponentes que en la lontananza, se erguía tal un castillo en las soledades. Para llegar a ella, tras franquear el inmenso portón de hierro forjado custodiado por dos empleados de la propiedad, había que atravesar un vasto parque boscoso y floreado bien cuidado, siguiendo la amplia y sinuosa alameda principal en cuyos lados se encontraban las caballerizas y diversas granjas. Luego del explayado sotobosque que exhalaba un frescor insólito, daba el camino a una explanada pavimentada que bordeaba la casa de Victoria. En nada era austera. Parecía más bien una casa solariega, compuesta de diferentes partes agregadas las unas a las otras sin que se rompiera el encanto originario de lo que fuera un molino adosado a una casa principal de tejas, roble y canto. En cada balcón lucían tiestos de geranios y gitanillos y en las extremidades de la casa principal,

trepaban buganvillas de varios colores que cubrían una parte de la fachada como una pérgola natural. En los arriates frontales, florecían magníficas hortensias.

Se paró la calesa en la amplia explanada y Leandro ayudó a su hermana a bajar del coche. Estaba pasmado Leandro ante la belleza del lugar. A esa hora, poca actividad había. Tan solo unos jardineros estaban afuera podando arbustos y binando los macizos de orquídeas y peonías. Y de súbito, salieron corriendo de una de las dependencias Victoria y Antonia.

-¡Hola, Gertrudis! ¡Qué gusto verte! –dijo Victoria abrazándola tiernamente y, dirigiéndose a Leandro:

-Bienvenido a casa- y dio un paso hacia él.

-Es un placer –contestó Leandro, inclinando levemente la cabeza y tendiéndole la mano a la par que iba descubriendo la intensidad de su mirada.

Ella pareció contestarle con un abrir y cerrar de ojo muy personal como el aleteo de una mariposa pero de inmediato, se acercó Antonia, risueña, para saludarlos. Victoria los invitó a pasar pero Leandro le dijo que no, que lo sentía, que no tenía tiempo, que solo pasaba dejando a su hermana. Insistió Victoria para que Leandro conocie-

ra a sus padres y tomara al menos un refresco y aceptó Leandro la invitación para no ofender a nadie. Tan solo un rato, contestó él.

La casa era inmensa y profunda. Victoria los llevó al salón donde estaba su madre, finiquitando los últimos preparativos de la recepción. Detrás de la vidriera que daba a una gran sala y a los pies de la que se erguían iris y erizos verdes, se afanaban las criadas, vestidas de blanco y negro, poniendo largos manteles blancos mientras otras acababan de instalar mesas adicionales para recibir a todos los invitados. En la otra extremidad de la sala, había una gran terraza con vista al parque en donde se había dispuesto una tarima en la que se suponía tocaría por la noche una orquesta.

Al ver a Gertrudis y a su hermano, la madre de Victoria se disculpó por su atuendo un tanto estrafalario que justificó por las necesidades domésticas. Tenía un turbante en la cabeza y una camisa cuyos faldones había anudado de tal forma que se le miraba sus desnudas caderas. Además, llevaba pantalones cortos, de esos que se lucen hasta la rodilla, al estilo de un grumete. Era una mujer alta, esbelta que todavía conservaba la gracia de sus más be-

llos años. Notó Leandro que no solo su indumentaria era estrafalaria sino también su hablar y su trato.

-Hola, mi querida Gertrudis. ¡Qué esplendor! e hizo que diera Gertrudis una vuelta sobre sí misma para que contemplara ella su lindo y primoroso vestido. Y la abrazó enérgicamente. Luego le dijo:

-Preséntame a tu novio, querida. ¡Qué buen mozo se ve!

-Mamá- exclamó Victoria algo apenada. No es su novio, es su hermano.

-¡Ah! Discúlpeme, joven caballero, también me decía que ambos tenían algún parecido.

-No intentes reparar tus torpezas, madre. Lo que deberías hacer es ponerte los anteojos más a menudo. Ya te lo dije mil veces.

- Tú sabes muy bien, hija mía, que los anteojos corrigen algunas imperfecciones de la vista pero al ponérmelos, se me amplían las imperfecciones de la vida y me parezco a una vieja lechuza.

No pudo Leandro contener su risa y se puso la mano ante la boca como si estuviera tosiendo. De inmediato, se

le acercó la señora y le dio la mano. Inclino levemente la cabeza Leandro y le hizo el besamanos.

-¿Y cómo se llama usted?

-Leandro, Señora.

-Qué nombre más bonito. Mi hermano, que en paz descanse, también se llamaba Leandro. Pero tranquilícese, era hombre feo, poeta de mal agüero en sus malas horas. Se murió al caer de su coche, una noche de luna llena, cuando se le cruzó en el camino un lobo negro. Son cosas de la vida. En cambio, usted se ve hombre seguro, que pisa tierra y fortuna. Usted sería el yerno ideal.

-Mamá, vas a ofender a Gabino.

-Bueno, jóvenes, les dejo solos, que disfruten. Ya es tiempo que vaya a acicalarme antes de que lleguen los invitados. Tendremos la oportunidad de conversar más luego. Les aseguro que va a ser una bella y linda recepción. Y además, empieza a soplar el viento de la Sierra que nos va a quitar ese bochorno de encima.

Los cuatro se sentaron a la mesa del salón y una criada les trajo refrescos.

-Bueno, Gertrudis –dijo Victoria muy avivada. Yo pensaba darte la sorpresa más tarde pero no me aguanto.

-¿De qué estás hablando? – preguntó Gertrudis cuya atención estaba algo perturbada tras oír el nombre de Gabino.

-¿No adivinas? –preguntó Antonia.

-No, no lo sé.

-Mi padre fue a ver a la tía Virginia y ella encantada de alquilarte un cuarto.

-No me digas –exclamó de júbilo Gertrudis.

-Sí, te lo aseguro. Ella vive sola en una casa grande. Solo vienen sus hijos a visitarla de vez en cuando. Ella con gusto te acoge y te alquila un cuarto. Verás que tranquila es ella y no te molestará para nada.

-¡Ah! ¡Qué contenta me siento! ¡Cuánta alegría! Y con la excitación, apretó fuertemente la mano de su hermano Leandro.

-Ya ves –le dijo Leandro a Gertrudis. Vale la pena ser paciente. Y dirigiéndose a Victoria:

-Se lo agradezco muchísimo en nombre de mis padres que sabrán, téngalo por seguro, reconocer la bondad y gentileza de su familia.

-Gracias Leandro, es usted muy amable. Se lo diré a mis padres. Y por el precio del alquiler, Gertrudis, no te preocupes, ella no te cobrará caro, me lo confirmó mi padre que anoche regresó de Pozolindo.

-Ya que estamos desvelando sorpresas, yo también tengo una –dijo Gertrudis.

-¿El Instituto? – preguntaron al unísono Victoria y Antonia.

-Sí, me aceptaron –contestó Gertrudis.

-Brindemos pues –dijo Victoria. ¡A la felicidad y a ese año nuevo! ¡Qué noche más espléndida nos espera! ¿Por qué no se queda, Leandro? Momentos así hay que festejarlos.

-¡Quédate hermano! si te invita Victoria.

-Sería muy buena idea – insistió Antonia al ver la alegría de sus amigas y al contener la suya que escondía en lo más profundo de su alma.

-Muchas gracias, muchas gracias a todas. Pero lo siento. Tengo compromisos que no puedo defraudar. En otra ocasión será; se lo prometo y con mucho gusto. Pero he de irme ya. Lo siento.

Victoria se había puesto de pie.

-No se moleste, Victoria, encontraré solo la salida. Quédense entre amigas y disfrútenlo.

Pero insistió Victoria para acompañarlo hasta la puerta principal. Antonia y Gertrudis, muy animadas, se quedaron solas en la mesa conversando acerca de la noche que les esperaba. Sin comentarlo la una con la otra, cada una había sentido que el último gesto de Victoria para con Leandro no resultaba ser una simple cortesía. Y el leve sonrojo en el semblante de Victoria al regresar a la mesa no hizo más que acentuar las sospechas de Gertrudis y Antonia.

XIII

Empezaban a llegar los invitados. Las tres amigas ya se habían refugiado en el aposento de Victoria y por la ventana abierta, se oían los ensayos de los músicos. Un mayordomo estaba en el umbral de la puerta principal acogiendo a los convidados y los dirigía un criado hacia la terraza donde les esperaban los padres de Victoria. La señora se había metamorfoseado. Tenía suelto el pelo con unos rizos en la frente y amarrado atrás con un broche en forma de estrella de mar. Su larga cabellera ondulaba en sus hombros tan solo cubiertos por un mantón de seda roja que hacía juego con el vestido negro de fino terciopelo. Al llegar nuevos invitados, su marido parecía andar en pos de ella pero ya no se formalizaba. La conocía muy bien y cuando los convidados preguntaban por ella, solo decía "por ahí anda la libélula". Formaban una linda pareja a la que muchas veces se alababa, tanto en público como en privado, como dechado de armonía y respeto mutuo. Claro que tenían, como cualquier pareja, sus ro-

ces y disgustos, pero cada quien ponía de su parte para que no se hiciera de un ajar un duelo. En cierta medida, había heredado Victoria esa libertad e independencia y siempre se habían preguntado los familiares y allegados por qué no habían tenido más hijos, pregunta sin sentido como las hay a granel que surge de una plática común y corriente pero que de tanto repetirse, puede ser sana o insana curiosidad.

Ese día, se había esforzado el padre por vestirse bien, según entendía él del concepto de vestirse bien. En verdad, era uno de los pocos temas controversiales de la pareja y ese día quiso el señor deslumbrar a su señora. Antes de salir a la terraza, se presentó ante ella cuando estaba ella ataviándose frente al tocador. ¿Cómo me ves? le preguntó él a su esposa. Y ella lo miró con un dulce encanto como si viera desfilar ante sus ojos las mil y unas noches de la Sierra. Y maravillada, le dijo sencillamente: te pareces al duque de Montpensier. Se levantó ella y le dio un beso. El marido no se inmutó y lo tomó por un cumplido sin saber a ciencia cierta quién era ese personaje. La verdad es que el señor había seguido los consejos del más famoso sastre y modista de Pozolindo. Se había comprado un chaquetón de coderas, de paño negro, adornado en sus contornos de terciopelo rojo de seda y cor-

doncillos de terciopelo de colores. Llevaba una amplia faja negra que le ceñía la cintura y que contrastaba con su camisa blanca. Y el pantalón negro se lo habían hecho a la medida de tal forma que caía justo por debajo del tobillo para que no escondiera las doradas hebillas de sus zapatos. La verdad es que esa noche, cautivó el caballero las miradas de numerosas damas y nunca se supo si fue por su bien vestir o sencillamente por su bien sentir o si que éste cabía de maravillas en aquél o si aquél envolvía de maravillas a éste.

Los camareros, vestidos con impecable traje y pajarita alrededor del cuello pasaban por entre los invitados con grandes bandejas plateadas, ofreciendo refrescos, vinos medio secos y dulces o aperitivos de toda clase. El padre de Victoria observaba sus diestros modales al sacar de la cubitera con una pinza plateada los pequeños cubitos de hielo sin que se derramara una sola gota o cayera una sola copa de la decena que llevaban en cada bandeja.

-Te veo un tanto distraído -le dijo un amigo suyo con quien estaba platicando a la par que estaba escogiendo aquél unas empanadas que difícilmente se determinaba a elegir de tan apetitosas que se veían. La camarera acababa de darle explicaciones sobre la composición de cada re-

lleno y estaba esperando, pacientemente, su respuesta que tardaba en llegar.

-No sé quién será el más distraído —le contestó el padre de Victoria, viendo que la mirada de su amigo se perdía en el jubón de la joven camarera.

- Bueno. Y me he decidido. Voy a escoger él de aceitunas verdes, al igual que el color de sus ojos, Señorita.

La camarera le tendió el platillo con una sonrisa mecánica y ni reparó en el supuesto cumplido del señor. ¡Qué viejo más rabo verde! pensó ella entre dientes. Mejor irme ya antes de que se decida a pellizcar por las verdes aceitunas. ¡Qué atrevida y descarada es esa clase de gente! O a lo mejor, musitó ella, será uno de esos mundanos palmados que solo aparenta ser rico. Y se fue ella discretamente hacia otro grupo de convidados donde estaba un amigo suyo, también camarero.

Aprovechó el padre de Victoria la llegada de los últimos invitados para ir a saludarlos y empezó la orquesta a tocar un fandango. Soplaban un placentero viento de la Sierra que cimbreaba los higos y sauces del parque y las palmeras reales de la terraza. Se habían formado grupitos de convidados, a cuál más elegantes en cuerpo y alma, en

que alisaban los caballeros sus finos bigotes, grandes patillas, barbas y perillas y donde despleaban sus abanicos, ajustaban mantas, boas y fulares las damas mientras oscilaban las plumas de su cabello y los volantes de encaje o pasamanería así como el ancho fleco en el vestido que tanto revuelo había dado al clero. Uno criticaba o censuraba a otro que a su vez criticaba y censuraba a otro pero eran todos de la misma familia y estaban contentísimos de verse reunidos pese a las mezquindades, bajezas y pequeñeces que jaloneaba la existencia de cada quien. Un mundo de oropel en que se confundían la cursilería con dinero o sin dinero, las pretensiones y ambiciones, de Corte o de Cortes, de fama y renombre, de bienes muebles e inmuebles.

Acababan de bajar las tres señoritas y tomándose estaban, entre risa y diversión, una copa en ese dulce y festivo ambiente veraniego cuando en eso, llegó un distinguido joven en los brazos de quien se precipitó Victoria. Se acercó la pareja a Antonia y a Gertrudis y al quitarse el joven el sombrero y los lentes de sol, a Gertrudis le dio un ataque fulminante que la dejó paralizada como si se le tragara la tierra. Los miró con los ojos empañados en lágrimas y pensó morir en el acto. Era él, su único y verdadero amor: Gabino Serna.

POZOLINDO

XIV

Dos años más tarde, había aprobado Gertrudis el postrer año de Contabilidad. Vivía donde doña Virginia en un barrio casi céntrico de Pozolindo en una cómoda casa de dos pisos con patio y jardín que mantenía cada fin de semana un joven jardinero. La casa era muy espaciosa, demasiado espaciosa para tan solo dos personas lo que le daba a veces a Gertrudis la sensación de estar perdida en un mundo olvidado en que imperaban los recuerdos y las memorias de doña Virginia. Nada había cambiado desde la partida de su último hijo, dieciocho años atrás. Las paredes envejecían al igual que los muebles, los grabados y retratos. Los cuartos conservaban la misma disposición que cuando vivían con ella sus cinco hijos. Todos radicaban en la capital o en las cercanías y venían a visitarla con los nietos una o dos veces al año para las vacaciones o navidad. Le contaba doña Virginia a Gertrudis que le encantaban esos momentos de reencuentro pero que le iba costando cada vez más recibir a tanta gente. El

constante ruido desde la mañana hasta la noche trastornaba su equilibrio de vida, su ritmo diario de actividades y tenía la impresión de nunca descansar aunque, en esos momentos, cada quien echaba una mano. Tan solo una vez vio Gertrudis a dos de sus hijos cuando se enfermó la señora al contraer una severa gripe con alta fiebre de la que le costó recuperarse. Doña Virginia era hermana de la abuela de Victoria por el lado materno y una vez, por casualidad, pasó por la casa su madre. A Gertrudis le gustó volver a verla y fue un placer recíproco. Ella le dio algunas noticias de Victoria la capitalina, charló un rato con doña Virginia y se fue la libélula tan pronto como había llegado. Tenía Gertrudis muy buen recuerdo de ella y sabía que gracias a su mediación, había conseguido vivir en esa casa de Pozolindo. La última vez que la había visto fue ese maldito día de la recepción que ya le parecía un recuerdo lejano que sin embargo seguía atormentándola algunas noches o cuando tenía que desviar el camino para no encontrarse con Gabino. En efecto, se había enterado que Gabino Serna se había trasladado a Pozolindo hacía dos años tras ser nombrado director de la tienda de abarrotes de la misma casa comercial. Nunca se supo si la fecha de su ascenso y traslado fue mero azar o algo pensado y premeditado. Desde el accidente de ese memorable sábado en que pensó morir Gertrudis, nunca

más se habían vuelto a ver. Él le había escrito varias cartas que le habían destrozado el alma no por la falsedad e hipocresía de sus argumentos que intentaban disculpar su conducta sino porque se había dado cuenta ella de que se había entregado a él sin que jamás la amara. Ella había sido un mero juguete en mano de un depravado y vicioso calavera sin escrúpulos. E incluso había llegado a imaginarse en sus momentos de insomnio y desesperación que al hacerle el amor, lo hacía con Victoria u otra de sus presas. Y para colmo, le pedía Gabino que la perdonara y que volvieran a empezar, que todo había sido una equivocación, un deslíz, un simple extravío. Nunca le había contestado ella y había quemado todas sus cartas maldiciendo ese sábado de traición en casa de Victoria en que tuvo que aparentar todo la noche y el día siguiente, tragándose mares y océanos de amargura, dolor, sufrimiento, angustias y desilusiones sin que nadie se diera cuenta de su infinita desgracia, soledad y abandono. Al ver juntos a Victoria y Gabino, casi se desmayó pero supo fingir alegando que a lo mejor se debía su malestar a los cigarrillos fumados en el aposento de Victoria junto con Antonia. Y ese cerdo de Gabino que se había puesto tenso, torpe e intranquilo temiendo que hablara ella e hiciera un escándalo madre que arruinara su reputación. Solo pretextó Gabino un exceso de trabajo

para disculpar su turbación momentánea y la poquedad de cariño y afecto para con Victoria, su novia. Pero no habló Gertrudis, supo callar y tragarse su desdicha incluso cuando estuvieron las tres amigas y Gabino compartiendo la misma mesa buena parte de la noche. Había agarrado Gertrudis fuerza de no se sabe donde para mantener las apariencias y mostrarle a Gabino que era un cualquiera, un insignificante, un cursi de poca categoría. Y con la ayuda de algunas copas, incluso se le olvidaron un rato los amargos tragos de la vida y aceptó las invitaciones de no pocos señoritos que la sacaron a bailar, junto con Antonia que se divirtió a lo descosido. Estaba por irse Gabino y al fin, empezaba a relajarse ella. No le tenía ningún rencor a Victoria. No era su culpa. Tan solo la de ese desgraciado y malvado picaflores que acababa de arruinar su vida.

Paseando sola por la explanada una copa en la mano y disfrutando del céfiro nocturno, vio la madre de Victoria una silueta apartada y sola. Intrigada, camino hacia ella a paso lento hasta reconocer a Gertrudis, atacada en llantos. De inmediato, le preguntó, muy preocupada lo que le estaba sucediendo. Y le contó Gertrudis, la voz sollozante y gemebunda, la verdad monda y lironda. No reaccionó de inmediato la madre de Victoria pero la con-

fesión de Gertrudis no hizo más que confirmar lo que ella sospechaba de Gabino desde hacía mucho tiempo. Y la abrazó fuerte y tiernamente, como si fuese su propia hija, prometiéndole guardar el silencio absoluto sobre lo que acababa de desvelarle. Volvieron a la recepción y se eclipsó la madre de Victoria en busca de Gabino.

XV

El viaje a Pozolindo le cayó como anillo al dedo. Sabía que era como doblar página y abrir un nuevo capítulo de su vida. Le permitió ir olvidando paulatinamente a ese ruin e infame Gabino. Con Victoria y Antonia que se habían trasladado a la capital, se cartearon más a menudo los primeros meses y luego, de ellas no tuvo más que noticias lejanas. Solo una vez se vieron durante el verano siguiente y se enteró Gertrudis de que Victoria había dejado plantado a Gabino. Lo que hubiera podido ser un motivo de contento y de venganza ni la alegró. No llegó la sangre al río. Además, la vida capitalina había ejercido sobre ellas una influencia cierta y mostraban cierto desdén hacia quienes no vivían y compartían las delicias de la más grande de las ciudades como decían ellas con ojos brillantes y miradas idas al referirse a esa nueva vida de estudiantes de la Corte capital en que solo se encontraba la flor y nata de la sociedad. Dicho de otro modo, ya había llovido mucho desde entonces. Por otro lado, se había

ido mejorando la relación con sus padres que no se opusieron en ningún momento a que estudiara Contabilidad ni tampoco a que se alojara en casa de doña Virginia y para las vacaciones, ella llegaba a pasar unos días para visitarlos a ellos y a sus hermanos y sobrinos con muchas ganas de verlos y compartir buenos momentos juntos. En su primer viaje a Santa Rosa, llegó justo en el momento en que dio a luz la esposa de Cristóbal una hermosa niña a quien pusieron el nombre de Claudia Anabel. Estar en Santa Rosa ya no era un martirio sino una feliz y corta estancia de la que disfrutaba plenamente, satisfechos los padres de verla tan resplandeciente. La verdad era que Pozolindo la había transformado. Se hizo nuevos vecinos en el barrio, nuevos amigos en el Instituto y más que todo, saboreó la recién libertad adquirida como cualquier señorita de su edad. El que más a menudo venía a visitarla era el hermano menor, Leandro que estaba por graduarse de ingeniero. Tenían mucha complicidad y ambos se contaban anécdotas de su vida estudiantil y lo picaba ella y lo hacía rabiar al comentarle que varias veces había preguntado Victoria por él. Pero él lo tomaba a broma diciéndole que claro que era una señorita guapa y encantadora pero demasiado joven y evanescente a su gusto.

A doña Virginia le encantaban las visitas de Leandro por su habla afable y placentera y cuando se daba cuenta de que acababa de llegar, los invitaba a tomar a eso de las cinco, una verbena con pastel casero bajo la pérgola. E incluso le había ofrecido, las veces que visitaba a su hermana, uno de los cuartos de sus hijos para que no se cansara demasiado al regresar de noche a su casa. Pero siempre se había negado Leandro. No quería abusar de la generosidad y largueza de doña Virginia.

Era doña Virginia una de esas ancianas que siempre estaba bien arreglada y que iba de punta en blanco. Cada semana iba al salón de belleza y se teñía el pelo para que no le apareciera una sola cana. También allí le limaban las uñas y se las pintaban. Se amarraba el pelo en un moño que quedaba recogido en una cofia. Vestía elegante y raras veces se compraba indumentaria nueva. Había conservado la delgadez y esbeltez de sus mocedades de tal forma que desbordaba su guardarropa de faldas, sayos, vestidos, jubones, chaquetas, blusas y túnicas que daba a reformar según sus antojos y las estaciones. Dicho de otro modo, siempre lucía refinada con toque personal que era su propio estilo sin salirse nunca de las normas. Varias veces, le había regalado Gertrudis unas pulseras o collares muy bonitos de cuero y barro que ha-

bía comprado en el mercado al salir del Instituto. Mucho le gustaban a doña Virginia las joyas, los pendientes, aros, collares, brazaletes y broches que sean de oro, plata, cobre o mera bisutería que eso sí, usaba sin importarle en absoluto las convenciones o modas. Caminaba ella sin bastón y solo usaba sombrías y paraguas.

Tenía Virginia su círculo de amigas pero no era de esas señoras a quienes le gustaba andar en hablillas y cuentos. Repudiaba la chismografía de barrio o ciudadana. Eso lo miraba repugnante, despreciable y deshonorador. Y cuando una de ellas se excedía, sabía callarle el pico con dulzura y firmeza. Conocía Gertrudis a todas las tertulianas y no pocas veces se quedaba a platicar con ellas al cruzarse en la calle o en el mercado. Sola estaba doña Virginia desde la muerte de su marido y vivía de su cómoda pensión sin grandes gastos, solo lo necesario para mantener a un mayordomo y a una criada. Varias veces le habían aconsejado sus hijos alquilar cuartos, que eso le daría ingresos extraordinarios y compañía, pero ella no veía la necesidad de hacerlo. Tal vez lo hubiera hecho más joven, pero ya era demasiado tarde. Tenía su vida bien arreglada y no quería que nadie la perturbara. El caso de Gertrudis fue distinto como una excepción a la regla que se había fijado. Lo hizo porque sabía que era

temporal y sobre todo por complacer a Victoria a quien mucho quería. Con el transcurrir de los meses, puede decirse que se había encariñado de Gertrudis a quien miraba como una joven discreta, estudiosa y muy amena que no escatimaba en ofrecerle su benévola ayuda en casa y que sabía desenvolverse sola. Varias veces le había propuesto doña Virginia que la criada planchara la ropa de ella pero nunca quiso Gertrudis y tampoco quiso que le lavara. Si llevaba a casa a una amiga del Instituto, siempre le pedía permiso a doña Gertrudis. Si pensaba regresar más tarde de lo acostumbrado, siempre se lo decía. Y si salía con amigas los fines de semana con tal de no regresar noche, siempre le decía adónde iba. Un buen día, al pagarle la pensión Gertrudis que comprendía techo y comida y sin que el tema viniera a propósito, doña Virginia se puso a hablarle en confianza de la vida en sí y le dio severas recomendaciones sobre cómo administrar dinero propio para que pudiera vivir al abrigo de cualquier lance y que no se dejara tentar por el dinero fácil y deslumbrante. Nunca se le había ocurrido a Gertrudis hacerse ese tipo de preguntas dado que todos los gastos los sufragaban sus padres y lo tomó como el simple consejo de una anciana sin darle mayor relieve. Solo muchos años más tarde, encontrándose en un vértigo de apuros y aprietos, entendió Gertrudis el sentido de las palabras de

doña Virginia, que ya se había muerto. Pero ya era demasiado tarde.

XVI

De la ventana de su aposento, veía Gertrudis el serpenteo del río, como la metáfora de su feliz destino. En cierta forma Pozolindo la había cambiado. Esos dos años habían pasado volando. Fuera de la casa de doña Virginia donde ella se sentía mimada y con seguridad, había ido adquiriendo Gertrudis una firmeza y reciedumbre de carácter que se había afirmado tanto en el Instituto como en sus nuevas relaciones. Ya no se ensimismaba tanto ni ponía mala cara cuando se presentaba alguna contrariedad. Tomaba las cosas más a la ligera, sin darle tanta importancia a las cosas y esa madurez que iba ganando le daba más gracia y donosura. Incluso en el Instituto, se interesaba mucho más en las clases y no era ya la muchachita silenciosa, timorata e introvertida sentada en las penúltimas filas para que ningún profesor la interrogara con la mirada.

Tenía más amigos que en Santa Rosa, la mayor parte de ellos estudiantes como ella y casi todos oriundos de la

ciudad misma. Por su dotes naturales en matemáticas y ya que iba bien en el Instituto, incluso siguió los consejos de Leandro e impartió clases particulares a colegiales dos veces a la semana, los miércoles y sábados por la tarde gracias a la gentileza y bondad de doña Virginia que aceptó que lo hiciera, poniendo a su disposición el salón. Esas horas que dispensó durante meses a partir de segundo año, le hicieron descubrir que tenía ciertas habilidades pedagógicas y le alegraba ver que, con paciencia y rigor, iban mejorando la mayor parte de los alumnos de quienes se ocupaba. Claro que los había también que eran muy cortos, completamente herméticos al estudio de los números pero al menos se esforzaban, dándole en la medida de lo posible más empeño a la geometría que se asemejaban más, según ellos, al dibujo que al álgebra que les parecía combinaciones abstractas e indescifrables. Metía Gertrudis las monedas en una alcancía y ese dinerito le permitía salir con los amigos o comprarse menudas cosas de su antojo.

La vida estudiantil era apacible y placentera a imagen y semejanza de una ciudad de provincia. Había hecho migas con varias estudiantes y más particularmente con dos de ellas, Adelaida y Cándida con quienes se veía a diario en el Instituto así como los sábados por la noche

hasta las diez y media, hora imperativa en que tenía Gertrudis que estar en casa, y los domingos por la tarde. Cándida y Adelaida no tenían tantas restricciones y limitaciones por el mero hecho de vivir en casa propia donde los padres y de haberse criado en Pozolindo.

Un sábado por la noche, al finalizar la primavera, habían decidido reunirse las tres amigas en la terraza de uno de los cafés de la plaza mayor donde amenizaba el lugar un conjunto musical en el que tocaba Alfonso, un amigo de clase. Allí estaba congregado medio Instituto alrededor de mesas desbordantes de estudiantes, tapas, y copas. Los dueños de El Rincón habían añadido mesas en la terraza por la insólita concurrencia y todavía muchos se quedaban de pie, una copa en la mano, de tan atiborrado que estaba El Rincón. Alfonso era todo un personaje, serio en clase y bromista afuera. Tenía esa labia y facultad por organizar eventos estudiantiles hasta el punto de que la propia administración del Instituto acudía a menudo a sus servicios. Incluso armó lo que nunca se hizo antes, una gran fiesta de despedida del año en el propio recinto del Instituto. Aquella noche en que tocó Alfonso en el Rincón fue una noche de desmadre. A todas luces, no le fue difícil conquistar al público pero la verdad es que tocaban y cantaban muy bien, sea

piezas de su composición o sea versiones propias de temas conocidos. Tenían un repertorio tan vasto que pasaban de un estilo a otro e incluso terminaron el concierto con pedidos del público que ejecutaban con una destreza y una maestría asombrosa. Al igual que los demás espectadores embriagados por el ambiente, las tres amigas no vieron pasar el tiempo y cuando se dio cuenta Gertrudis, ya era la una y media de la madrugada. A Gertrudis le entró el pánico y pidió en seguida a sus amigas que la acompañaran a casa. Todavía estaban llenas las terrazas de la plaza mayor por ser sábado. A pesar suyo pero conociendo las exigencias de doña Virginia, aceptaron Cándida y Adelaida. Sabían que la pobre Gertrudis bien podía pasar un mal momento. A una cuadra de la casa de Gertrudis se pararon las tres muchachas y recapitularon el plan trazado en el camino para que entrara Gertrudis a su cuarto sin que nadie se diera cuenta. Cándida tenía que vigilar la casa donde vivía la servidumbre, es decir el mayordomo y la criada, y avisar a las demás en cuanto oyera un ruido o se encendiera la luz. Por su parte, iría Gertrudis a buscar la escalera de madera en el cobertizo con la ayuda de Adelaida y por ese medio aquélla accedería a su aposento. Por suerte, había dejado Gertrudis las ventanas abiertas. Luego volvería a poner Adelaida la escalera en su lugar. Las dos únicas trabas eran

que doña Virginia tenía un sueño muy ligero y a veces se levantaba por la noche a tomar agua y la segunda era el chirriar del portón. El segundo obstáculo se solucionó fácilmente al subirse las tres por encima del murete y luego se colaron entre las alheñas que rodeaban la propiedad. Las tres muchachas se reían por su osadía y al mismo tiempo estaban con un miedo de los mil demonios a que alguien de la casa se despertara. En ese caso, pocas cosas hubieran podido inventar para justificar su actuación. La única excusa que habían encontrado en caso de que se produjera lo impensable era que a Gertrudis se le había perdido las llaves. Pero de todas formas, lo hecho estaba hecho. Había irrespetado Gertrudis las reglas de la casa. Era la única culpable y responsable de su desgracia. Ya eran las dos de la madrugada. Y en eso nunca transigiría doña Virginia. Incluso se había puesto a pensar Gertrudis que si la agarran in fraganti, bien podría ser motivo para que ella avisara a sus padres y la despidieran de la casa. Todo funcionó de maravillas hasta que resbaló Gertrudis y fue deslizándose sobre cada peldaño de la escalera hasta encontrarse boca arriba, tendida en el suelo. Por suerte no gritó ella. Tan solo estaba dolida y aturdida. Solo se quejaba en silencio de dolores en los brazos. Esperaron un largo rato para ver si alguien había oído algo pero por suerte, reinaba la calma de siempre. Adelaida le

murmuró al oído que mejor era irse y que ella durmiera en su casa. Luego tendrían la noche para inventar un cuento. Pero ante la rotunda negativa de Gertrudis, calló Adelaida y volvió a subirse a la escalera Gertrudis paso a paso. Estaba preocupadísima Adelaida pensando lo peor. Pero lo peor no ocurrió y desde el borde de la ventana, le hizo una señal de la mano Gertrudis a Adelaida para decirle que ya podía irse, que todo había pasado bien. En pocas palabras, todo se quedó en un susto. Tan solo descubrió Gertrudis al levantarse por la mañana algunos morados y numerosos rasguños que le habían dejado las astillas en los antebrazos y en las palmas de las manos. Durante varias semanas, vistió ella con túnicas y camisas de mangas largas para que no se vieran ninguna secuela de su desobediente travesura.

XVII

Los fines de semana, cuando no se juntaban en casa de Cándida o Adelaida, gustaban las tres ir a pasear por el parque central y luego seguían su caminata por las riberas del río siguiendo la línea tres, donde más concurrencia y bulla había. A orillas del río, tenían su merendero predilecto llamado “El perro del hortelano” adonde muchos estudiantes solían acudir. Allí, en los alrededores de la glorieta, se podía jugar al bádmin-ton en el césped bien cuidado o bien a los bolos. Los domingos, más familiares, se bañaban los niños, se pescaba y se alquilaban barcas para dar una vuelta por el río. Eran momentos de felicidad y alegría en que se saboreaba, entre amigos, la vida fuera del Instituto. Allí bajo las pérgolas de buganvillas, en las playeras o tras las barricas que servían de mesa, o los pies en el agua, nacían, morían y renacían amoríos de juventud. Si bien Gertrudis tenía pretendientes, no les hacía caso y los hacía languidecer hasta que ellos mismos

se aburriesen. Tan solo con Francisco tuvo lazos más profundos. Y con razón.

Uno de esos soleados y cálidos domingos, estaban las tres charlando con compañeros del Instituto sentados en una mesa del merendero cuando éstos les propusieron alquilar una barca y disfrutar del frescor de las isletas. Ajustaron la cantidad necesaria entre todos por dos horas y se fueron en barca. Remaron los dos muchachos hasta los islotes y las tres amigas, sentadas en la parte trasera, miraban alejarse, divertidas, el puertecito y el vuelo de la gaviotas que no paraban de hacer piruetas en el cielo azulísimo. De vez en cuando les tiraban las muchachas agua a los remeros, quienes estaban luchando contra la corriente, para que avanzaran más rápido. Ellos se reían sin mostrar ninguna señal de cansancio, entrando en el agua los remos al compas como lo hacían dos veces a la semana en el club de Pozolindo donde practicaban el remo. Por las isletas, las aguas tenían menos profundidad y parecían aguas de mar que corrían, espumosas, hasta las pequeñas bahías de los cayos. Allí bajo los frondosos manglares, encallaron y disfrutaron dilatadamente de la playa con sus claras aguas calientes y quisieron dar la vuelta completa al islote. Pero ya se hacía tarde y decidieron emprender la travesía de regreso

a tierra firme. Al acercarse al puertecillo, como solían hacerlo en el club, empezaron Francisco y Jeremía a ponerse de pie y a mover la barca jugando esta vez a que cayeran al agua las muchachas que les gritaban sin mucha convicción que dejaran de jugar pensando que se calmarían ellos en seguida. Pero de tantas sacudidas y zarandeos que dieron los dos membrudos atletas, dio la barca un vuelco y todos cayeron al agua. La verdad es que la barca estaba a unos metros de la ribera pero por poco se ahogó Gertrudis. Fue Francisco quien por suerte la vio hundirse en el agua después de oír sus gritos de terror. Nadó velozmente hacia el lugar en que había desaparecido ella y de inmediato se sumergió a pique. Los demás acababan de alcanzar la ribera sin darse cuenta de lo que estaba pasando. Y mejor. De lo contrario, hubiera sido el pánico. A lo poco, volvió a reaparecer Francisco que ceñía fuertemente por las asilas el cuerpo aparentemente inerte de Gertrudis cuya cabeza mantenía a la superficie entre el cuello y el hombro derecho suyo. Al llegar a la ribera la llevó en brazos y la tendió en la arena. Por suerte, respiraba ella. La puso de lado para que lentamente vomitara las aguas tragadas. Francisco les pidió a Adelaida, Cándida y Jeremías que se quedaran quietos para no perturbar a Gertrudis que poco después abrió los ojos. En las afueras, nadie se había percatado

de nada. A lo mejor, desde el merendero, pensaron que eran juegos acuáticos de jóvenes, siendo Jere-mía y Francisco personas muy conocidas del club y del lugar. Entre el grupo de amigos, a nadie se le había ocurrido pensar que no sabía nadar Gertrudis.

Desde ese día en que la salvó Francisco de una muerte segura, fueron aumentando en Gertrudis los intensos y profundos sentimientos que ya experimentaba hacia él. Pero todavía no se sentía lista para volver a empezar una relación duradera. Se veían a menudo y se apreciaban muchísimo y se querían quizás él más que ella como se le dio a entender algunas veces. Pero de todas formas, tenía que mudarse Francisco a mediados de agosto porque había conseguido un oficio de gerente en otra provincia. Le propuso que la acompañara pero nunca le contestó ella. Tan solo muchísimos años después, se le ocurrió pensar que en aquel momento, mejor hubiera dicho que sí.

Otra vez pero de forma distinta tenía Gertrudis la impresión de hallarse en una encrucijada en la que tendría que escoger el buen camino. El camino de Pozolindo había sido una elección acertada pero sabía que tenía que decidirse nuevamente y sin tardar. Se había fijado el pla-

zo de las vacaciones para darse el tiempo de la reflexión. Estaba cansada de estudiar y con el diploma de contable en la mano, pensaba ella que fácilmente encontraría trabajo. Empresas no faltaban en Pozolindo, cabecera provincial, y la mayor parte de los estudiantes egresados del Instituto conseguían un puesto en un plazo razonable. Con ese trabajo, bien se imaginaba seguir viviendo en Pozolindo, donde doña Virginia. Solo faltaba conocer el monto de su futuro sueldo y hablar con sus padres para que cuadrasen las cuentas.

Aprovechó Gertrudis el fin del año escolar y el inicio de las largas vacaciones para tomar unos días de descanso y visitar a sus padres.

XVIII

En Santa Rosa, todo seguía igual tanto en el pueblo como en casa. Porque a Gertrudis, no le interesaban la vida del campo ni las labores del campo. Sin embargo, iba floreciendo la finca familiar que ahora se dedicaba también a la actividad ganadera. Fue Horacio quien tuvo esa idea de comprar ganado dado que en Montilla acababan de abrir un moderno matadero. Además les aconsejó Leandro comprar una docena de vacas lecheras además de las dos que ya tenían por la recién instalación en la misma ciudad de una lechería que ofertaba a los productores de la comarca la compra de leche a buen precio. Así que la ganadería, a cargo de Horacio, fue tomando cada vez más importancia mientras que Cristóbal y Policarpo seguían con las frutas, hortalizas y cereales. Para mayor sorpresa de sus hermanos y de sus propios padres, fue saliendo Horacio de su holgazanería y dejadez monumental que todos pensaban de nacimiento como si hubiera recibido un cachazo de toro, dijo en aquella

época don Matías ante la súbita metamorfosis de su hijo. El mismo Horacio se encargó de las compras del ganado y del transporte en compañía de Leandro y también de los planos para levantar un establo. Financió el padre el proyecto y contrató a temporales para el ordeño de las vacas. En vista de que el cambiazo era duradero, volvió el padre a proponerle a Horacio lo que le había propuesto unos años antes y esta vez, aceptó Horacio sin vacilar y se fue de la casa familiar para levantar la suya en las tierras que acababa de regalarle su padre, al igual que lo había hecho en el pasado con Policarpo y Cristóbal. Con el tiempo se compró Horacio un magnífico toro que instaló en sus propias tierras.

Para esa época, ya empezaba a sentir don Matías los alifafes de la vejez e iba contentándose con supervisar las actividades. Seguía saliendo con sus hijos pero menos que antes. Dejaba a mano de ellos la mayor parte de las faenas. Solo se encargaba a tiempo completo de la hacienda familiar. Sus tres hijos eran empleados suyos con participación propia en los negocios. Se sentía contento don Matías porque sabía que cuando dejara de trabajar, seguirían ellos manteniendo la finca activa con proyectos y nuevas trazas.

Se puso alegrísima doña Eugenia al volver a ver a su hija Gertrudis y a las dos semanas, organizaron los padres una gran cena para festejar el título de la hija; solo faltaba esperar el regreso de Leandro. A doña Eugenia también empezaba a pesarle los años, le afectaba cada vez más la artritis pero callaba ella como si nada. Lo notó de inmediato Gertrudis al ver que a su madre le costaba levantar porras de agua o agacharse en el corral para darle de comer a los animales. No le dijo nada a ella pero lo comentó con Julia la cocinera y se lo confirmó Juliana, la criada. Se concertaron las tres para poner en el tapete, en el debido momento, el tema prohibido de la contratación de una segunda empleada. El pretexto lo encontró fácilmente Gertrudis y era la cena organizada en su honor. Necesariamente, contratarían a personal extraordinario para los preparativos festivos y el plan consistía en escoger a una empleada entre las tantas que trabajarían ese día y encontrar el medio para que se quedara definitivamente. Esa dura batalla no la tenían fácil conociendo la terquedad y pertinacia de doña Eugenia. Mientras tanto, Gertrudis ayudó mucho y de buena gana en las tareas domésticas y de cuidado de sus sobrinos a quienes les encantaban estar en casa de los abuelos y a quienes aprendió ella a conocer así como al último de ellos, la hija de Cristóbal y Antonia: Claudia Anabel.

Hizo esfuerzos Gertrudis para acercarse a sus cuñadas con quienes pocas relaciones tenía ella. Aceptó invitaciones a merendar en casa de ellas y poco a poco, las fue apreciando. Begonia, esposa de Policarpo, era más reservada y callada. Con excepción del almuerzo dominical en familia al que nadie escapaba, solo pasaba Begonia por la casa de los abuelos de vez en cuando, sobre todo cuando los niños tardaban en regresar a casa. Y no se quedaba ella mucho tiempo. Le gustaba a ella guardar las distancias y tener vida propia aunque siempre se llevó bien con sus suegros. En cambio, Antonia era más pegada a la familia, tal vez por ser mucho más joven que Begonia y sobre todo antes y después de dar a luz. Allí se quedaba a platicar con doña Eugenia y Julia o Juliana que eran como miembros de la familia y éstas les daban consejos y recomendaciones sobre los cuidados y atenciones que se suelen dar a los bebés. Con el tiempo, Antonia guardó la costumbre de llegar cada atardecer a casa de sus suegros con Claudia Anabel que ya caminaba con soltura y empezaba a hacer sus travesuras balbuceando y farfullando sus cuantas palabras.

XIX

Una de esas cálidas tardes, como a eso de las cuatro, en que estaban platicando ellas y Gertrudis, se oyó el tintineo de la campanilla. Se asomó a la puerta Juliana y se fue hasta el portón. Al regresar a casa, avisó a doña Eugenia que ahí estaban unos buhoneros vendiendo utensilios de cocina y que lo que había visto ella bien podía interesarle. Doña Eugenia le dijo que los dejara pasar y entraron en el patio de la finca con el carro. Tras amarrar al caballo a una argolla, se presentó el señor con una caja en que había unas cuantas piezas. El señor se miraba bonachón, llevaba sombrero de filtro negro bigote fino y perilla. Lo invitó doña Eugenia a entrar en la cocina para presentar sus piezas. Y al ver lo alborotado y sudado que andaba, le regaló un refrescante. Las piezas eran de barro, de un barro finísimo y muy bien labrado que ella identificó de inmediato como procedente de la Sierra. Miró las dos jarras y las cuatro copas.

-¿Cuánto quiere por esas piezas? —le preguntó ella.

- Trescientos reales, señora. Y si usted me compra más, le rebajo el precio. Mucha mercancía tengo yo en el carro. ¿Qué le parece?

-Vamos a ver –dijo doña Eugenia. Sáqueme otras piezas y después hablaremos.

Mientras salió el hombre, todas estaban admiradas por la calidad y originalidad de las piezas que también podrían servir de adorno. Al dilatarse el hombre, se dio cuenta doña Eugenia que el señor andaba con dos muchachas que le ayudaban a sacar las cajas.

-Señor- le dijo ella, dígame a las jóvenes que vengan a refrescarse en casa. Hace mucho calor afuera. Deben de estar asándose las pobrecitas.

Los tres entraron con unas siete cajas repletas de alfarería.

-Les presento a mis hijas –dijo el señor.

-Pasen, muchachas, no sean tímidas - les dijo doña Eugenia que hizo una señal a Juliana para que les sirviera un fresco.

Poco a poco, la gran mesa de roble de la cocina se iba cubriendo de alfarería: jarras, jarrones, jofainas, picheles, floreros, platos, platillos, fuentes, tazas etc.

-¿Usted mismo las hace? –preguntó Julia.

-Yo mismo, señora, para servirle.

-¡Qué maravilla! –exclamó Gertrudis- que nunca había visto piezas tan lindas.

-Mi propio padre es el que las moldea en el torno o a mano y las adorna a su antojo –dijo una de las muchachas- y luego las cuece y les da brillo.

-Realmente, son piezas preciosas –contestó Antonia que había agarrado una garrafa para verla de cerca.

- Gracias, señoras, son ustedes muy amables; –dijo el señor.

Todas se quedaron examinando las piezas y empezó doña Eugenia a regatear. Y al ver que Antonia también iba a comprarle dos piezas así como Julia y doña Eugenia varias de ellas, el señor hizo un precio global que satisfizo a todas. Incluso les regaló un florero a Gertrudis y un plato de adorno a Juliana. Tras cerrar el trato, se quedaron platicando un largo rato y con el fin de aplacar su

curiosidad, le preguntó doña Eugenia si era de la Sierra. El hombre, sorprendido, le contó que sí y le dijo ella que también venía de la Sierra y que al ver las piezas, le recordó las que se fabricaban allá cuando era niña. En el curso de la plática, se descubrieron amigos comunes y no solo eso sino que los dos casi cayeron en brazos al darse cuenta doña Eugenia que había conocido al alfarero de niño, siendo ella gran amiga de su propia hermana. Y ambos se rememoraron el pasado, entre risa y sorpresa, y terminó José explicándole que tuvo, a pesar suyo, que dejar la Sierra por falta de perspectivas laborales y que se había instalado en Santa Rosa hacía tan solo unas semanas y que vivían en las afueras de la ciudad donde acababan de comprar un terreno y una pequeña casa de madera y que para hacerse conocer, andaban de casa en casa, de calle en calle, de sendero en sendero promoviendo sus artículos de alfarería y que con el tiempo pondría su propia venta.

Habló también José de sus dos hijas, una de ellas a quien le gustaba el oficio, que le encantaba vender en el mercado, que era buena vendedora, que tenía labia y otra, la mayor, a quien, desgraciadamente, no le gustaba para nada la alfarería que miraba como algo aburrido y sin sentido. Pero como eran recién llegados, todavía no le

había dado tiempo al padre de encontrarle un trabajo. Y en ese preciso momento fue cuando se le ocurrió a doña Eugenia proponerle a la muchacha un empleo en casa como criada. Gertrudis, Juliana y Julia no se lo podían creer y se miraban de reojo como quien dice por allí pasó un ángel. A la muchacha le gustó de inmediato la idea e insistió con su padre para que aceptara. Este no se hizo rogar pero esperó que doña Eugenia precisara las modalidades de empleo que les pareció buenas. Se le daría a la muchacha los tres tiempos de comida, dos días libres a la semana y vacaciones. Y además, no necesitaría quedarse por la noche. Empezaría la muchacha la próxima semana. Así que se cerró otro trato y se fueron muy contentos de la casa de doña Eugenia el alfarero y sus dos hijas. “Así me gustaría que fuese la vida” –comentó el alfarero a sus hijas sentadas a ambos lados del padre- “sencilla y bella”. Chasquearon las riendas de cuero y desapareció el carro.

Al contratar a la joven Rosa María, no se dio cuenta doña Eugenia que acababa de romper una maldición familiar. Y no fue necesario ningún plan de batalla ni estratagema alguna para que aceptara doña Eugenia a una segunda empleada.

XX

La vida en Santa Rosa no difería mucho de la vida de los pueblos aledaños. Su prosperidad agrícola le daba sin embargo una mayor apariencia de dinamismo que se reflejaba en la presencia de muchas más fondas, mesones, albergues y comercios. De todo se encontraba en Santa Rosa pero a pequeña escala. Si se trataba de comprar cosas más elaboradas, había que ir a Pozolindo. A los viajeros de paso y no solamente a “los del progreso”, les gustaba Santa Rosa por sus comodidades y también por su entorno natural de bosques y lagos. Con el tiempo, se construyó en una de las plazas en que descollaba la estatua del abuelo de don Plutarco de Carrascal, un templete en que tocaban conjuntos musicales durante las fiestas patrias o patronales y después, otro más grande, parecido a un pabellón que se edificó en la recién inaugurada explanada que bordeaba uno de los lagos a la salida del pueblo. Dos inmensas fuentes fueron posteriormente erigidas de ambos lados del pabellón que se fueron insertan-

do en el entorno boscoso y sombreado frente al lago en que se levantó también un largo embarcadero que se adentraba en las aguas. Paulatinamente se fue convirtiendo la explanada en el paseo favorito de los moradores de Santa Rosa y en el lugar en que pasó a organizarse la ceremonia nocturna de entrega de los Laureles de Santa Rosa y donde se lanzaron, desde el embarcadero, los primeros cohetes y fuegos artificiales de Santa Rosa cuyas luces iban iluminando las aguas. También se edificó un pequeño teatro que servía igualmente de sala de música, de exposición, de danza y de espectáculo. Una de las primeras representaciones tuvo lugar la semana en que llegó Gertrudis y habida cuenta de que participaban en ella dos de sus sobrinos, Emilio y Eduardo, toda la familia se fue a ver la función que coronaba el fin del año escolar. El cautivado público que llenaba la sala esperaba en un silencio magistral, digno del teatro nacional, el desenlace de la intriga compuesta de puño y letra por los escolares. Y de repente se oyeron terroríficos aullidos:

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

Se estremeció el público y se oyeron gritos de susto en el teatro.

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-Dios mío -pensó el duque amedrentado

Será que estoy soñando

Y saltó de la cama

Tiritando y perdiendo la calma

- ¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-¡Ah! ¡Cielos! por ahí las siento

Bajo la luna plateada y llena

Hambrientas y feroces hienas

Coleando y colándose las veo

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

-¡Auuu! ¡Auuu! ¡Auuu!

Y no solo por la ventana vio el duque

A una jauría de lobos

Sino a fantasmas y espantos

Que salían del bosque

Encerrado pasó el duque en su castillo

Mientras rastreaban sus criados

Entre risas y burlas, vecindades y cercanías

En busca de fantasmas y alimañas.

Se mofaban vecinos y villanos

Que al duque le estaban jugando malas pasadas

Por querer pasar buenas estadas

Deshonrando a la limpia señora de un artesano

Y su fue el gallardo y valiente duque

A quejarse a la Corte

Y recibió como premio

Un humillante silencio

Santa Rosa lo condenó

Santa Rosa lo espantó.

Al finalizar el tercer acto del sainete, se levantó el público de su silla y rompió en aplausos. Fue un éxito total, un delirio como nunca se había visto en Santa Rosa. Jamás se supo si fue el efecto del sainete, de la intriga, de los actores, de las tablas pero lo cierto fue que hasta el invitado de honor de ese año, al recibir los Laureles, los

dedicó a los escolares del lugar por su increíble sainete titulado el Duque de Santa Rosa. Y como si quedara debiendo algo, hizo que se imprimiese don Plutarco del Carrascal, alcalde y diputado del lugar, cien ejemplares de la pieza y recibió uno cada actor de la primera función. Todavía se conserva, aunque en mal estado, dos ejemplares de la famosísima obra en la biblioteca municipal de Santa Rosa. Por supuesto los autores de la pieza no fueron tan sólo los escolares sino también la maestra del lugar. Pero debido a animosidades, tirrias y acritud en el trato con el alcalde quedó olvidado y sepultado el nombre de ella. Es poco decir que para Emilio y Eduardo, dos de los principales protagonistas de la obra, el éxito fue rotundo y pasaron semanas en que nuestros héroes saborearon en las calles del pueblo el dulce encanto de la gloria. A Gertrudis, a quien siempre le había deleitado el teatro, le encantaron la pieza así como la actuación de sus sobrinos y nunca pensó que fueran capaces, a su edad, de desenvolverse con tanta holgura y anchura. Ese evento les acercó aún más y contribuyó a que fuesen mucho más cómplices.

VICTORIA

XXI

Estaba leyendo Gertrudis, sentada en la hamaca, una pieza de Lope a sus sobrinos, tendidos en el césped bajo un tupido roble cuando en eso la llamó Rosa María, la segunda criada.

-¡Señora! ¡Señora! Aquí está una tal Victoria que la busca.

Vaya sorpresa, pensó entre sí Gertrudis. Dejó el libro en el suelo y les dijo a Eduardo y a Emilio que ya se había acabado la lectura. Y se fue Gertrudis al portón, descalza, a recibir a su amiga. Estaba Victoria más radiante y resplandeciente que nunca vestida con un largo traje de algodón bordado en los faldones. Amarrado tenía el pelo y lo cubría un elegante fular rojo cuyas extremidades había atado por detrás, formando un delicado nudo que descollaba entre su largo cabello rizado tal como una rosa. Ambas se abrazaron con efusión y se dirigieron, risueñas, a la sombreada terraza. A lo poco, les trajo Rosa

María unos refrescantes a base de horchata. Vino a saludarla doña Eugenia, muy alegre y contenta al verla y la cumplimentó por su apuesta figura. Se pusieron a platicar las tres y al rato, las dejó doña Eugenia sabiendo que muchas cosas habían de decirse las dos amigas, a solas. Solo se permitió ella invitar a Victoria a la cena del sábado. Y con mucho entusiasmo aceptó ella de tanto tiempo que tenían ellas de no verse.

-¿Y, Victoria! ¿Qué tal de tu vida? ¿Cuéntame? – le preguntó Gertrudis, impaciente y exaltada.

-No sé por dónde empezar, amiga mía. Tantas cosas he de decirte... Pero no puedo quedarme mucho tiempo, lo siento, ando muy apurada. Regreso del boticario porque asma tiene mi madre y aquí tengo el remedio.

-¿No es nada grave? – preguntó inquieta Gertrudis.

-No, no te preocupes, tan solo una leve crisis. Siempre le pasa en tiempos de cosechas. Se le irritan los ojos, la piel, en fin...

-Pobrecita. Espero que pronto se mejore. Mándale saludos de mi parte. Hace tanto tiempo que no la veo.

Se levantó Victoria.

- ¿No te vas a ir ya? – le preguntó Gertrudis.

-Estoy viendo si llega la calesa. Le dije al cochero que fuera a dar una vuelta mientras te saludaba. Un ratito más me quedo. Te prometo regresar. No quisiera que empeorase mi madre.

-Te entiendo.

- Bueno, te decía Gertrudis que la vida allá es tan... linda, exaltante, estimulante, desbordante, bella... Es una ciudad tan portentosa, bulliciosa, iluminada incluso de noche por el gas de alumbrado, en fin, todo allá es posible. Puedes realizar tus sueños, todos tus sueños. Hay tantas actividades, dinamismo, energía, vivacidad que es, como, para decirte... como una colmena. Así es, como una colmena, una colmena. Se respira allá como un espíritu de colmena. Nunca se para de activarse y de moverse la ciudad. Siempre hay cosas nuevas, siempre se está construyendo, edificando, reformando, ampliando, pintando, hay obras por todos lados. Se demuele, se excava, se aplana, día y noche. Y además con la futura extensión del ferrocarril, no puedes imaginarte. Se irán multiplicando las líneas, los trazados, las estaciones. Es como una fiebre. Es un auténtico frenesí.

-¡No me digas! –contestó Gertrudis, maravillada por lo que le estaba contando su amiga.

-Así es Gertrudis. No te puedes imaginar. Y las tiendas... que ni te cuento. Boutiques, establecimientos, almacenes, locales, bazares, comercios por doquier. Encuentras de todo y de última moda. La que viste con mal gusto es que lo quiere o que no sabe, pero las hay. Y lo que te digo vale también para los caballeros. En la universidad por ejemplo, encuentras todos los estilos de indumentaria, de lo más clásico a lo más moderno, de lo más singular a lo más regular. Pero por lo general, la gente viste formal pero elegante y vieras la cantidad de bares, tabernas, fondas, cervecería, cafetería y tascas. ¡Qué alegría! Cada día, se llenan hasta las dos o tres de la madrugada. A dos cuadras de donde vivimos con Antonia, verbigracia, está la Plaza de los Almendros en la que hay por lo menos una docena de bares, restaurantes, fondas con terrazas en que se puede comer a cualquier hora del día sin mencionarte también, a unos pasos de mi casa, las peluquerías, modistas, perfumerías, marroquine-rías, que sé yo. Te das cuenta. Eso es vida, ¿no!

-Ah ¡Cómo me ilusionas, Gertrudis! Y ¿qué tal Antonia? ¿Le gusta su nueva vida?

-Está muy bien, estupendamente. A ella también le fascina la capital. Se fue hace unas semanas a un balneario de la costa con sus padres dado que terminó el año y, no te había contado, las dos entramos en tercer año de Derecho.

-¡Te felicito! ¿Y te falta mucho para coronar tu carrera?

-Unos tres años. Y después la abogacía. Por el momento, ni me lo imagino, solo es estudiar y divertirnos. Vieras la despedida de año que hicimos con Antonia. Invitamos a un montón de amigos en el piso. La pasamos de las mil maravillas y sanamente, te lo digo, que eso es importante también porque cuidado, en la capital, buenos son para requiebros y cortejos, te enamoran como qué. Y ojo con esos palomitos verbeneros que al mirarte a los ojos, te endulzan los oídos como verbimagos. Bueno, para no perderme, te estaba diciendo que allá, tenemos muchísimos amigos, luego te contaré, incluso hijos de ministro y embajador. Pero lo más importante es que nos llevamos muy bien con Antonia. Al inicio, como te conté en una carta hace tiempo ya, cierta aprensión experimentaba al respecto porque compartir piso no es nada fácil. Pero la verdad es que es Antonia una muchacha muy buena, sencilla, recta y que nunca busca pleitos. Es muy comprensiva

y discreta. Y además, te lo digo, el piso de mis padres es lo suficiente amplio y espacioso para que cada una tenga su privacidad.

- ¡Cuánto me gustaría conocer la capital! –dijo Gertrudis suspirando. Me parece un sueño imposible de alcanzar.

- Algún día será. ¿Y por qué no te vienes conmigo en las vacaciones?

- No, no quiero molestarte... y además tengo muchas cosas que hacer.

-¡Qué tonta eres! Así sería una magnífica oportunidad para que volvieras a ver a Antonia.

-No te prometo nada pero lo voy a pensar.

Y miró Victoria el reloj de mano.

-Y a propósito Gertrudis, por lo del sábado, ¿algo se celebra?

Se puso un poco molesta y apenada Gertrudis.

-Es idea de mis padres. Yo no quería.

- No entiendo.

-Es que me gradué de contable.

-Enhorabuena, Gertrudis. Sabía que conseguirías el título. Ya viene la calesa. Bueno me voy, querida. No puedo quedarme más, sabes por qué y cuenta conmigo para el sábado.

Y se abrazaron las dos cariñosamente como si no hubieran pasado los años.

XXII

Más que fiesta para celebrar el título de Gertrudis, ese sábado de verano fue motivo para invitar a gente a quien doña Eugenia no veía desde hacía mucho tiempo. Familiares y allegados por supuesto así como amigos y vecinos. Por desgracia, no pudo ir doña Virginia pese a la insistencia de Gertrudis. Incluso había hablado ella a su hermano Leandro a quien doña Virginia apreciaba mucho para que la convenciera. Pero fue en vano. Le mandó doña Virginia una linda carta de felicitación por la obtención de su diploma así como una cadena de oro con un precioso colgante. Lamentó también Gertrudis la ausencia de Alfonso, el amigo músico que por ese periodo festivo, tenía saturada su agenda. Y por desgracia también vino la tía de Montilla con esposo, hijos y malos recuerdos. Casi todos los convidados estuvieron presentes lo que quiere decir que asistió al regocijo que tenía aire de auténtico gaudeamus, un centenar de invitados.

Todo lo había previsto doña Eugenia. Solo se encargó don Matías de transmitir los pedidos y encargos a las buenas personas. Huelga decir que el par de semanas anterior a la celebración fue de duro trajín y de intensa brenga. Lo menos dificultoso fueron las bebidas: “sangría para todos y vino para cada quien, blanco y tinto. Y el que no tome ni uno ni otro, que vaya a tomar agua de la fuente”. Así lo decidió don Matías. Se sacaron las barricas de la bodega y se instalaron encima de muretes de ladrillos donde se colocaron también un montón de picheles. Tampoco causó mayores problemas alojar a tanta gente. Los invitados dormirían en casa de los padres, de los hijos, algunos donde los vecinos y otros en albergues y pensiones de Santa Rosa. Por supuesto, en este último caso, corrían los gastos a cuenta de don Matías que había obtenido rebajas por parte de dos de sus amigos hosteleros. En cuanto a los jóvenes, se había erguido para ellos, en el jardín, a petición de doña Eugenia, dos grandes tiendas de campaña con sus respectivos catres. No entendía don Matías el porqué de tanta preocupación. Solo le dijo a doña Eugenia que a esa edad, uno no duerme o duerme al raso. Y cumplió don Matías. Se armaron las tiendas sin que se armara ningún pleito con su esposa a diferencia de lo que pasó con la servidumbre. En efecto, se encargó personalmente don Matías de contratar a

siete camareros extraordinarios y a cuatro mozos de cocina. Pero al verlos llegar el sábado por la mañana, entendió de inmediato doña Eugenia que no eran ni camareros ni ayudantes de cocina sino mozos de labranza que había reclutado de carrera su marido. A doña Eugenia le entró una madre cólera pero ya era demasiado tarde. Solo dos llevaban ropa adecuada. Para los demás, hubo que buscarles muy de prisa camisas blancas, lo que se hizo sin mayores dificultades. La única contrariedad sería fue encontrarles pantalones negros de su tamaño. Solo a dos de ellos les consiguieron uno negro, que eran de Leandro. A uno le quedó muy corto pero le quitó Julia el ruedo y lo volvió a planchar. Los otros tres se pusieron pantalones grises o marrones de Policarpo, Horacio y Cristóbal. A falta de chaqueta, a todos les consiguieron delantales grandes del mismo color donde los amigos hosteleros de don Matías, de esos que llevan los maestros bodegueros. Ya resuelto dicho percance, pudo respirar doña Eugenia sin dejar de sermonear a su marido y recriminar su inadmisiblemente ligereza e imperdonable insensatez. Una vez vestidos, de inmediato puso a prueba doña Eugenia a los camareros y tuvo la confirmación de que solo tenían de camarero la apariencia. Excedida y abatida, ordenó a Juliana que les diera unos cursos acelerados de manejo de bandeja y que les enseñara algunas frases de cortesía y

urbanidad al ofrecer copas y tapas. Pero más tiempo no podía dedicarles Juliana porque también tenía ella mucha faena. El único motivo de contento fueron los mozos de cocina, quienes, por suerte, sabían algo de fogón porque lo más engorroso de todo, en ausencia de una Juana la larga, era preparar una rica comida para tantos huéspedes. Por suerte, esa competencia solo era de doña Eugenia que podía contar con Julia, Juliana y Rosa María que muy bien se las arreglaba tanto en las tareas de limpieza como en las de la cocina. Desde días, se habían amontonado kilos y kilos de papas destinadas a cocerse en el propio jugo de la carne. Ya habían llegado los corderos enteros que pendían en la bodega envueltos en paños. Había preparado Julia la salsa condimentada con la ayuda de Rosa María para sazonarlos mientras rostizaran. Y desde el jueves, solo se iban preparando un montón de ensaladas variadas para guarnecer el plato principal. El postre, lo iría a buscar don Matías con unos de sus hijos a la repostería de Santa Rosa poco antes de servirlo. Eran varias pirámides de tres pisos compuestos de misceláneos de pasteles, unos con nata y frutillas, otros a base de chocolate, espuma, miel, otros con pasta de bocado con turrón derretido, otros a base de flan, pudín, tortas, tartas... en pocas palabras, una infinidad de pasteles en honor de Gertrudis a quien bien conocía el

pastelero de Santa Rosa por ser su esposa amiga íntima de doña Eugenia. A las ocho y media, cada quien estaba en su puesto, engalanado. Y se oyó el chirrido de los primeros carros y calesas que penetraron en el patio de la finca.

XXIII

-Usted tiene el guapo subido -dijo don Matías, al recibir a la cuñada de Montilla.

Era doña Euxidia enjuta de carne, chapada a la antigua y tenía ínfulas aristocráticas que difícilmente compaginasaban con los escasos ingresos familiares que consistían en la pensión de su marido, antiguo funcionario del Erario en Montilla, y las remesas que le mandaba uno de sus hijos que ocupaba un alto cargo en Cuba. Además, devengaba ella una modesta renta de una casita que tenía alquilada al lado de su casona, una antigua propiedad familiar de su marido no desprovista de encanto.

A don Matías le gustaba hacerle rabiar porque bien conocía su desmesurado afán, su insaciable avaricia e ilimitada pretensión por aparentar lo que no era ni tenía. En casa, solía decir don Matías al referirse a ella, que era una dama sin calesa ni carroza. A doña Eugenia no le placía ese tipo de cuchufleta y se lo hacía notar a su ma-

rído dirigiéndole filípicas por sus insípidas e irrespetuosas metáforas que profesaba ante los hijos o la servidumbre, quienes, por su parte, disimulaban, mal que bien, sus risas. Pero bien sabía doña Eugenia, en su fuero interno, que tenía toda la razón su marido.

Tras saludar a toda la familia y platicar un rato con cada quien, doña Euxidia, su marido y los hijos se fueron a sentar a una mesa siguiendo las recomendaciones de doña Eugenia que no quería que la incomodara su hermana en semejante momento. Bien conocía su verborrea. Le guiñó el ojo doña Eugenia a su marido para que les acompañara a sentarse a una de las mesas ya preparadas. Los guió don Matías y les trajo una jarra de sangría así como tapitas. Don Matías se llevaba bien con el cuñado y sabía cómo parar el frenesí verbal de doña Euxidia. Bastaba con darle una copita o dos que en esa ocasión, no podía rehusar. Y después le entraba un sueño ligero como si estuviera medio ausente. Ya se habían ido a divertirse los hijos y empezaban a llegar cada vez más numerosos los invitados.

Estaban Horacio y Leandro en el portón, acogiendo a los visitantes y conduciéndolos hacia el prado contiguo a la finca que se había acomodado para que se aparcaran co-

ches, carros, calesas, caballos y mulas. Ya había empezado a tocar el primer conjunto musical e iban llenándose las mesas y las copas. En el patio se iban formando alegres grupos de convidados engalanados y corrían por todos lados los niños igualmente emperifollados, esforzándose los camareros por evitarlos o toda costa. Y como reza el adagio, machacando se aprende el oficio. De tal forma que en media hora, los mozos de labranza, con sus largos delantales de maestro bodeguero que, dicho sea de paso, fue percibido como un toque de suma originalidad, se lo sabían a la perfección como cualquier camarero ágil y curtido. Y doña Eugenia, aliviada, los recompensó al día siguiente con una prima adicional. La verdad es que felices de la vida se las pasaron los camareros mozos de labranza al descubrir que también dicho cargo tenía grandísimas ventajas, entre ellas, tomarse unos tragos de gorra y requebrar a las señoritas con finas palabras, dulces miradas e incluso buscarles cosas de su gusto cuando ya no las había. Incluso uno de ellos no paró de enamorar a Adelaida que se ruborizaba cada vez que se dirigía a ella. La verdad era que era buen mozo y tenía mucha labia y, por supuesto, lo habían notado Gertrudis y sus amigos que gastaban chilindrinas al respecto.

La peña de amigos de Gertrudis compartía la misma mesa. Victoria, Cándida, Adelaida, Francisco, Jeremías, Pablo, Lucas y Andrea. Los tres últimos eran amigos de infancia a quienes quería mucho Gertrudis y que habían regresado al pueblo por las vacaciones. Se habían casado Lucas y Andrea y vivían en el norte del país. Pablo, por su parte, moraba en la capital. No los había visto Gertrudis desde años y no los esperaba. Se había comunicado con ellos Leandro para darle una sorpresa a su hermana y fue para Gertrudis, un auténtico momento de emoción y de alegría volver a verlos. Más tarde, tras llegar los últimos invitados, se juntaron a la mesa Leandro y Horacio.

Fue una noche espléndida amenizada por cuatro conjuntos musicales. Se bailó hasta el amanecer en un ambiente de los mil demonios. De vez en cuando, pedían los músicos a la asistencia piezas de su gusto y a los más temerarios, que viniesen a cantarlas. Eso desencadenó un alboroto de espontaneidades y júbilo en que se improvisaron cantantes algunos invitados y, de veras, tenían unos mucho talento y lindísima voz cuando otros no, provocando la hilaridad de la asistencia. Otros se pusieron a clamar poemas propios o ajenos, a contar historias divertidísimas o a interpretar sainetes vodevilesca. Tal era el albor-

rozo que pocos se resistían entre la asistencia a desvelar en público sus artes y habilidades artísticas a modo de entremeses. Con la dulce ayuda del tinto y del blanco o del blanco y del tinto, iba desapareciendo la aprensión y el miedo a lo ridículo. Incluso cantó Virginia ante el asombro de la peña, una canción de amor que dejó a todos pasmados. Y ante los aplausos y vivas del público que le pedía otra, otra, otra y al empezar ella a cantar las primeras palabras de un fandango muy famoso, a Rosa María se le rompió la jarra y se juntó a Victoria. Ambas formaron un dúo que fue como la apoteosis de esa noche de parranda improvisada e inolvidable. Se puso de pie el público, extasiado y extático, palmeando a todo romper, vitoreando y dando vivas a las dos espontáneas y magníficas intérpretes. En la peña juvenil que iba extendiéndose, la efímera gloria de las cantantes, entre otras cosas, fue propicia para que empezaran a formarse parejas de una noche.

A lo lejos se miraba las llamas de las fogatas donde se iban rostizando los corderos y calentando a fuego lento las papas en su jugo. Los asadores, en camiseta, estaban rojos como tomates y menos mal que al lado de su batería de cuchillos y cazos, se encontraba la divina barrica. Platicaban a menudo, una copa en la mano, con los de-

lantales de bodeguero que se afanaban por llevar caliente el succulento manjar hasta el plato de cada quien. Esos momentos al lado de la fogata les permitía a los camareeros descansar un rato y recobrar fuerza. Y cuando ante el asombro de los invitados, irrumpieron las pirámides con velas encendidas, uno de los delantales de bodeguero fue a ver a doña Eugenia y se permitió sugerirle muy cortésmente que, habida cuenta de la gran variedad de pasteles, sería mejor que cada quien se sirviera y escogiera a su gusto. Al inicio doña Eugenia lo tomó como una impertinencia pero, luego, reaccionó y le dijo que era una excelente idea. La verdad es que ninguno de los camareeros se sabía el nombre de al menos dos pasteles y mal se imaginaban recitando listas desconocidas de repostería para que escogieran los convidados uno o varios de ellos. Solo hubiera sido improvisar. De todas formas tampoco se los conocía doña Eugenia. De tal forma que cada invitado se desplazó hacia las pirámides donde se habían amontonado los regalos y detalles para Gertrudis. Uno de los músicos empezó a dar un redoble de tambor y se acercó doña Eugenia a su hija para decirle que hiciera un discurso aun breve. No quería Gertrudis pero para complacer a su madre, lo hizo, dándoles las gracias a todos por su presencia y su buen humor. Tras los aplausos de circunstancia, empezaron a llenarse las copas, a vaciarse

las pirámides y volvieron a tocar los músicos hasta poco antes de los primeros albores del día.

XXIV

Estaba dormida la finca en un profundo e intenso sueño como al día siguiente de una fiesta. Tan solo unos gatitos estaban jugueteando en el patio silencioso y soleado cuando, de golpe, se oyeron unos gritos que no eran de Júbilo o de ensueños sino de terror. Eran como las ocho de la mañana.

-Oye, Matías -¿has oído?— le preguntó inquieta doña Eugenia a su marido.

-¡Hm! -Gruñó don Matías, medio dormido.

-Matías, ¡despierta! Por favor, ¡despierta! Se oyen tremendos gritos en el patio.

-Déjame mujer. No ves que estoy dormido. Estás como una cabra.

Y miró don Matías el despertador.

-Apenas son las ocho. Vuelve a dormirte, Eugenia. Tuviste una pesadilla, nada más. Se te va a pasar.

-¿Pero eres torpe o qué? - Y se levantó ella a abrir los postigos de par en par.

Se cubrió don Matías la cara con la almohada pensando entre dientes esa mujer es dura de mollera.

-¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! – exclamó, asustada, doña Eugenia. Ven acá, Matías, apúrate, ven acá, rápido. ¡Hombre! que no me lo puedo creer. ¡Mira! ¡Mira! Ahí está el toro.

Si don Matías era muy tarde, el toro no lo era.

-Pero santo dios, ¿de qué me estás hablando? Deja de torearre.

-¡El toro! –se sulfuró ella con una voz tan estridente y enérgica que terminó despertando a toda la casa. ¡El tooooro! Matías -Volvió a chillar a pleno pulmón.

Tuvo que levantarse de mala gana don Matías, irritado por la alocada y escandalosa actitud de su esposa.

No se lo podía creer don Matías. El toro de Horacio, enfurecido, estaba tumbando la tienda de campaña. Ya ha-

bía tirado al aire unos catres y destripado y desfondado unos colchones. De tal forma que parecía que estaba cayendo nieve en verano. Unos habían logrado salirse y se habían refugiado encima de un montículo de leña. Otros todavía estaban apresados en la tienda de campaña gritando a voz en cuello. Y los dos hermanos, Horacio y Leandro, con dos tubos de acero en mano, estaban toreado para alejar a la bestia embravecida que sin lugar a dudas se imaginaba en el ruedo lidiando.

-Y tú pendejo, que te quedas en la ventana como si estuvieras en la plaza de toros -le gritó doña Eugenia- ¿No te vas a mover!

Ni tiempo tuvo de desperezarse Don Matías que lo estaba empujando y apurando doña Eugenia para que fuera a ayudar a los demás. Justo le dio tiempo de ponerse los pantalones y salió en carrera. Mientras tanto, estaba lidiando sólo Leandro esperando el regreso de su hermano. Los invitados estaban en la ventana, entre asustados y divertidos. No muy lejos, se oían los relinchos de los caballos que empezaban a agitarse más de la cuenta. Y de repente surgió Horacio a caballo con una pica en mano y empezó a trastear al toro. Este empezó a aquietarse y al

suave, logró Horacio con mucha maestría arrearlo hasta el cercado de donde se había escapado quien sabe cómo.

Afortunadamente, todo se quedó en un susto. Tan solo Leandro tuvo una leve contusión en la rodilla. Huelga decir que la corrida fue el tema central del almuerzo, contando en detalle cada protagonista el relato de su terrorífico despertar, y de las conversaciones pueblerinas y comarcales. La fiesta de Gertrudis quedó grabada en la memoria de cada quien como un gran momento de festividad fraterna y taurina. Y al anochecer del domingo, ya idos todos los invitados, la finca volvió a encontrar la calma y la tranquilidad de siempre. Habían regresado los hijos a sus respectivas casas. Tan solo se habían quedado Leandro y Victoria.

XXV

Estaban charlando Gertrudis y Victoria en la terraza, molidas pero alegres, sentadas en mecedoras. Soplaban una leve brisa que refrescaba la noche. Tenían las miradas ojerosas y la cara de cansada.

-Qué bien la pasamos, ¿verdad? – le dijo Gertrudis a Victoria.

- ¡Estupendo! ¡Fue una fiesta bárbara! –le contestó Victoria.

-Qué lástima que no pudo estar con nosotras Antonia. Pienso que ella también se hubiera divertido.

- En otra ocasión será. De todas formas, como te dije anoche, según la carta que recibí de ella, también se las pasa de maravillas. Vas a ver que un día u otro, va a salir casándose con el señor diputado.

-No me digas. Sería de lo más extravagante –contestó Gertrudis. Ella es tan discreta, sencilla, natural que me

cuesta imaginarla desposada con ese señorito solterón tan arrogante y altanero.

- Te imaginas, Antonia, señora del Carrascal. ¡Solo eso faltaba!

Y ambas se pusieron a reír.

-Y nosotras dos, damas de honor –dijeron al unísono.

-A lo mejor no es más que un amorío estival –añadió Gertrudis.

-A lo mejor pero no lo creo –contestó Victoria. El tenor de su carta indica lo contrario. Cuenta ella que él vino al balneario donde está ella con sus padres que son amigos de larga data y que salieron los dos a pasear y que él se declaró, así por así. Le confesó que sentía algo por ella desde hacía más de un año pero que no estaba tan seguro de sus sentimientos. Y cuando la volvió a ver, estando él bajo el mismo techo y tan cerca de ella, le contó que la belleza de su persona, su elegante porte lleno de hermosura, los graciosos huecos de sus mejillas, los coquetos rizos de su pelo, la dulce sonrisa de sus carnosos labios, su nariz tan fina y tan bien dibujada, su mirada tan profunda y misteriosa, todo en ella le subyugaba y cautivaba.

Al mismo tiempo que le iba contando los pormenores de la carta de Antonia, hacía mímicas Victoria como si las dulces palabras de don Plutarco del Carrascal se dirigiesen a ella. Y las decía con tanta teatralidad que las dos no paraban de desternillarse.

-No me digas. Así es de apasionado el señorito –contestó Gertrudis-. Yo por naturaleza, desconfío de los hombres. Y sobre todo de los solterones calaveras aún más cuando es gente pudiente y acomodada.

-Tienes razón. Pero en el caso de Antonia, ella solo lo escuchó, claro que se sintió alabada pero todavía no le ha contestado. Se ve más bien sorprendida y turbada. Claro que lo aprecia pero no se lo esperaba. Pienso que por eso me escribió como pidiéndome consejos dado que no tiene ese grado de confianza para hablar de esas cuestiones con su madre.

- ¿Y le has contestado? – preguntó intrigada Gertrudis.

-Claro que sí. Le mandé una carta para decirle que yo también estaba asombrada y le contesté que en cuanto a la edad, que parece que eso le preocupa también, no le pusiera mente. Según lo que entendí, don Plutarco ronda la cuarentena. A mí no me molestaría liarme con un se-

ñor de esa edad con tal que lo amase y que me amase. Eso fue lo que le dije. Que de todas formas, eran cosas de ella, que solo ella podía decidir de su vida sentimental y que lo pensara bien. Le dije también que don Plutarco era una persona muy ambiciosa, picaflores, que todo el mundo lo sabía y ella también y que no tomara las cosas a la ligera a no ser que aceptara ella que solo fuese una aventura. También le comenté que podía ser que con ella todo fuese distinto, que fuese sincero, que la amase de verdad y que hubiese decidido casarse con ella.

-No me lo puedo creer. La verdad es que tienes toda la razón, Victoria. Le dijiste cosas muy acertadas y a ella le toca decidir.

-Así es. A mí, por ejemplo, me gustan los hombres honestos, sinceros, serios pero con sentido del humor. No te hablo de las aventuras pasajeras, que eso no cuenta sino de con quien quisiera una compartir vida. Lo cual es distinto. Por ejemplo, en estos momentos no estoy para novios. Quiero estar sola. Con el último que era tranquilo y muy apasionado, nos separamos de común acuerdo. Él quería seguir, yo no. Como te digo, quiero estar sola. En cuanto a ese mequetrefe y paliducho de Gabino, una vez me escribió y ni le contesté.

Se sintió algo molesta y avergonzada Gertrudis pero no dijo ni pío. Sabía que, en verdad, pensaba ella casi lo mismo, que ese Gabino era un vividor, un gorrón aprovechador a quien solo le gustaban las faldas. Y decidió cambiar de plática para que no sospechara Victoria.

-A mí me encantan los hombres tiernos, sinceros, muy amantes y no me importa el dinero –dijo Gertrudis.

-Mira, Gertrudis, a propósito... -le dijo victoria. Perdona mi franqueza pero ¿no tendrás algún lance amoroso con ese joven y simpático, por cierto, Federico?

A Gertrudis le subió la sangre a la cara.

-Ay que sí. –dijo, riéndose, Victoria. Di en el blanco. No me vas a desmentir.

-Tienes razón. Andamos juntos sin andar juntos. A veces las cosas son un poco complicadas. Él me salvó la vida.

-¿Cómo!

-Sí. Te lo juro, me salvó la vida. Estuvo a punto de ahogarme en el río de Pozolindo. Sin él, no estuviéramos aquí las dos charlando.

-¡Ah! No te lo puedo creer ¡Vaya historia! ¿Pero lo quieres?

-Sí y no. Te lo decía, nuestra relación es algo ambigua y confusa. De todas formas, se va el próximo año. Me preguntó si quería irme con él pero le dije que no. Así que... veremos.

XXVI

- ¿Y tú, por supuesto, seguirás estudiando en la capital?
- le preguntó Gertrudis a Victoria.

-Por supuesto. Me faltan unos años y ya me acostumbré a la vida capitalina. Por nada en el mundo la dejaría. Tanto me gusta, tanto me fascina. Deberías de ir a visitarnos. Seguro que te sentirías bien. ¿Y qué será de tu vida en septiembre, Gertrudis?

-Voy a buscar trabajo en Pozolindo y pienso quedarme en casa de doña Virginia. Allá me siento bien y es ella una excelente persona. Te agradezco haberme dado esa oportunidad de conocerla.

-Te lo había dicho. Es un ángel.

-Sí, es una crema. Muy buena y cariñosa.

-¿Estás segura de querer quedarte en Pozolindo?

-Pues, en Santa Rosa no me voy a quedar. En Pozolindo encontraré un oficio y veremos.

-Y ¿por qué no vienes con nosotras a la capital? Las tres nos llevamos bien. Y, a lo mejor, la dama va a seguir a su caballero.

Ambas se pusieron a reír.

-De todas formas, sabes que el apartamento de mis padres es amplio, que podemos compartir piso las tres sin molestarnos. Te lo aseguro. Y allá, tendrías más probabilidades de encontrar trabajo. Solo es quererlo, arriesgarse y de todos modos, no corres ningún riesgo. Allí viviremos las tres juntas.

- No te voy a negar que no me tienta la idea. Y en lo que se refiere a lo del puesto, tienes razón. Allá hay más posibilidades y tal vez mejores remuneraciones. Pero ni conozco la capital, nunca he ido.

-Por eso te digo. Ven a pasar unos días conmigo allá. Conocerás el piso, visitarás el barrio donde vivo y luego tomarás una decisión con toda tranquilidad.

- Bueno, por qué no. Me estás convenciendo. No pierdo nada en ir de visita. Y si me gusta, pues me quedo con

ustedes y les pido a mis padres que me ayuden hasta que encuentre un trabajo.

-Enhorabuena Gertrudis. Y por lo del dinero, no te preocupes, lo arreglaremos después. Tus padres me conocen, conocen a los míos y conocen a Antonia. No creo que se opongan. Y de todas formas, tú decides de tu propia vida, ¿no?

-Claro que sí. Pero preferiría contar con su consentimiento.

-Lo tendrás. No te preocupes. Y dime, ¿cuál sería, para ellos, la diferencia que tú vivieras en Pozolindo o en la capital?

-Ninguna. Solo que Pozolindo queda más cerca.

-Ya ves. No pongas a tus padres de pretexto. Si quieres instalarte allá con nosotras, te lo repito, con todo corazón, eres bienvenida. Y si una de las tres decide irse por equis motivo, siguiendo su propio camino, nada más normal que lo haga y que viva su propia vida ¿no te parece?

-Lo voy a pensar. Te lo prometo. La realidad es que me gustaría muchísimo conocer la vida capitalina. Te veo

tan entusiasta y exaltada al referirte a ella, que me entran unas ganas de descubrirla.

-¡Hola! guapas, ¿Cómo están? -Preguntó Leandro que acababa de llegar a la terraza. Todavía charlando a esa hora. ¿No tienen sueño o estarán esperando al toro?

Ambas se carcajearon.

-¿Y tú, Leandro, tampoco con ganas de dormir? -le dijo su hermana.

-¿Me imagino que todavía te ha de doler la rodilla? - le preguntó Victoria.

-Estoy mejor. Gracias por preocuparte por mi Victoria. Pero no es para tanto. Se me habrá pasado el dolor dentro de unos días. Todavía la tengo inflada y morada.

-¡Vaya torero! - le dijo Victoria. ¡Qué lance más increíble!

-Ya el ruedo no es más que un recuerdo, Victoria, y es mejor así. Hubiera podido terminar fatal. ¿Y no les apetece una copa de sangría? Ni sé cuantos litros quedan. Deberías de llevar unas cuantas botellas a tus padres. Yo, por mi parte, la encontré muy rica, ni tan dulce ni tan fuerte pero lo suficiente afrutada.

-No están mis padres, Leandro. Regresan en unos días - contestó Victoria-. Pero con mucho gusto llevaré mañana unas de ellas a casa.

-¿Y no es que estaba mala tu madre? -preguntó Gertrudis.

-Ya se le pasó la crisis con el remedio y luego, se fueron a casa de unos amigos como lo tenían planeado.

- Si quieres Victoria, mañana te acompaño. Ya estoy completamente libre. Solo me espera disfrutar de las vacaciones. Así que... si lo deseas, te llevo a tu casa, dejamos las botellas y luego vamos a dar una vuelta.

Miró Gertrudis extrañada a su hermano como si no estuviera en sus cabales. Tan sorprendida estaba Victoria por la inesperada amabilidad de Leandro y por su imprevista invitación que se quedó callada y patidifusa. No sabía que decir ni que pensar. Si era en broma o en serio. No sabía de qué iba la cosa.

-¿Y qué les pasa a ustedes? -preguntó Leandro. ¿Por qué se ponen tan serias? ¿Tienen alguna contrariedad? ¡Ah! me imagino, habían planeado hacer otra cosa. Bueno, en este caso, será en otra ocasión. No se preocupen por ello.

Se prolongó el silencio. Ambas se miraron. Y lo rompió Victoria:

-Con mucho gusto Leandro. Sería un placer inmenso que me acompañaras.

- El placer es todo mío, Victoria. Te lo repito, estoy completamente libre. Y ¿no les parece una copita de sangría o de otra cosa o tal vez mejor una verbena o un tilo?

No sabían ellas si las estaba toreando Leandro con lo de la infusión como si fueran dos ancianas y las dos reaccionaron de inmediato.

-Te acompañamos pues.

Y se fue Leandro a buscar un pichel de sangría.

-¿Qué le pasa a mi hermano? ¿Te está requebrando o qué?

-No lo temes así, Gertrudis. No lo creo. Tu hermano es una muy buena persona y muy bien educada. Se ve hombre honesto, sincero, serio y con sentido del humor. Nada más. A mí me cae en gracia pero no vayas a imaginarte cosas por unas botellas de sangría.

-Yo no me imagino cosas. Y de todas formas no son cosas más. Eso pasa entre tú y él. Nada más.

-Nada más –contestó algo embarazada Victoria.

A todas luces, la invitación de Leandro había producido en ella algún efecto que no lograba dominar. Y eso le preocupaba. Lo encontraba buen mozo, por cierto, respetable y honrado, elegante y ameno, encantador y atractivo, seductor y placentero. Pero nunca hubiera esperado de él una invitación. Lo miraba como alguien inasequible, solitario, culto, metido en sus estudios y con sentido de la familia. Y, de repente, se le abría la muralla. Y le costaba imaginárselo. La experiencia que tenía ella al respecto, aunque breve, era que muchas veces, las apariencias no son más que artificios que nunca dan luces.

XXVII

Tras volver de la capital Gertrudis donde pasó una semana en compañía de Victoria, decidió ella regresar a Pozolindo. Ya estaba decidida. Ya había hablado con sus padres que solo le dijeron que reflexionara y que tomara el tiempo necesario antes de tomar cualquier decisión que atañera a su futuro. Para Gertrudis, lo había decidido el destino. Le esperaba la capital con los brazos abiertos y no había ninguna duda posible. Estaba ella llena de entusiasmo, de pasión, de fogosidad. Se sentía con ganas de devorar la vida a tope. Le había gustado el aposento, el barrio, la vida bulliciosa y alegre tal como se la había pintado Victoria. Y para ella, ese viaje superó con creces sus sueños.

Vivía Victoria en la planta baja de un edificio señorial y suntuoso en una calle residencial y selecta no muy lejos del centro. Se entraba por una inmensa puerta de madera que daba a un patio y a un gran cobertizo donde se aparcaban los coches. El piso de ella daba acceso a una parte

del encespedado patio cercado con alheñas y en ese lugar se encontraba la terraza soleada en la que era muy agradable descansar y solazarse por lo sombreada y ventosa que estaba.

Inmenso era el aposento. Tenía una superficie de unos trescientos metros cuadrados, con sala, salón, cinco cuartos, tres baños, de techo alto, con entabladuras y molduras redondeadas, en pocas palabras, una maravillosa residencia amueblada en un lugar céntrico y arbolado. La verdad era que Victoria hizo todo lo posible para que se sintiera bien Gertrudis. Salieron cada día, de día como de noche. Gastó ella sin contar en restaurantes, manjares finos perfumes, indumentaria e incluso tuvo tiempo de organizar en un dos por tres una cena en casa suya a la que llegaron solo jóvenes de etiqueta. Todo lo encargó ella en una de las tiendas gourmet más finas del barrio e incluso el champan helado llevado en cubiteras. No había mentido Victoria. Se quedó deslumbrada Gertrudis por la vida mundana y fascinante de esa gente que iba de vacaciones en balnearios, que viajaba a menudo a París, Londres, Latinoamérica o Estados Unidos. Cada uno de ellos vivía en un piso capitalino que era de sus padres o que alquilaban ellos mientras estudiaran los hijos. Lo poco que conoció de ellos le encantó y conquistó. Todos

parecieron apreciarla mucho y se sintió ella integrada y aceptada de inmediato sin sentir la menor barrera. Ya se imaginaba formar parte de ese selecto grupo de amigos, conviviendo con ellos, saliendo al teatro, yendo a los conciertos, paseando cada día por las calles llenas de tiendas tan atractivas, descubriendo el mundo capitalino, sus dulzuras y encantos. Ya se veía regresando del trabajo, dirigiéndose a su aposento que en su mente ya había escogido, uno amplio y vacío que daba a la calle. Allí, en los estantes, colocaría sus libros, objetos personales y lo haría suyo poniendo cuadros, plantas y pertenencias propias que compraría con dinero propio. Vestimentaria nueva, zapatos nuevos, joyas y perfumes como nunca había usado y con los que soñaba poseer. En fin, todo lo necesario para borrar la menor sospecha acerca de su origen. Claro que al inicio contaría con la ayuda de sus padres pero pronto lograría ser independiente y al fin libre, lo sabía, estaba convencida de ello, lo presentía, lo intuía. Ya había tomado su decisión. No regresaría a Pozolindo. Le esperaba la iluminada vida capitalina, tan apasionante y embriagadora y tan distinta a la vida provincial y provinciana. ¿Y quién no se hubiera dejado ilusionar por ese cautivador mundo de oropeles donde todo parecía tan fluido y transparente, como agua corriendo de la fuente.

XXVIII

Pero por los azares de la vida, pareció el destino o la fatalidad, oponerse a ese gitano sino. Indicó la providencia otro rumbo que él previsto sin que lo presintiera en ningún momento Gertrudis.

Fue una tarde de verano poco después de regresar a Pozolindo. Tras conversar dilatadamente con doña Virginia sin que en ningún modo se inmiscuyera ella en su futura vida, salió de la casa Gertrudis caminando hacia la de Adelaida y no cayó en quien estaba llegando delante de ella. Pero sí se cayó. Ambos chocaron y la ayudó el señor a levantarse. Era él. No cayó ella en la tentación de dirigirle la palabra. Se retuvo. Lo miró a los ojos fríamente y siguió ella su camino. La siguió Gabino Serna, decidido a no dejar perder nunca jamás esa segunda oportunidad. Y no cedió. Y cedió la fortaleza en un plazo que solo el albur lo pudiese decidir a no ser que fuese también el fruto del amor sepultado que volvía a renacer o, dicho de otro modo, que nunca había desaparecido

como una llama apagada por la tempestad que vuelve a encenderse.

Inmediata fue la reconquista y alimentó Gabino el fuelle con ardor y desmesurada pasión para que no se apagara la flama y casi estuvo por morir cuando le recordó ella, en la terraza sombreada de una fonda, ese famoso encuentro en casa de Victoria, el día de la recepción. Tuvo Gabino que sacar agua del pozo con fuerza descomedida para apagar el incendio. Y volvió la calma. Le acarició la mano y ella no se la quitó.

A partir de ese preciso momento, entendió Gabino que había triunfado, que lo había perdonado ella. Y vinieron las flores, las joyas, los regalos, los detalles y obsequios cada vez más finos. Nunca se supo si perdió Gertrudis la cabeza en ese preciso momento en que se le abrían las puertas de la capital pero renunció de la noche a la mañana a todos sus anteriores y recientes proyectos que tanta fascinación ejercían sobre ella y que estaban al alcance de su mano. Incluso le ofreció Gabino un puesto en una de las tiendas de su padre, con sueldo nada desdeñable y aceptó ella sin rechistar como la promesa, tal vez, de una vida segura, feliz y esperanzadora.

Al finalizar el primer tomo de Doña Gertrudis, bien podría opinar que en ese momento decisivo, la compró Gabino en cuerpo y alma, siendo él, hombre malicioso, calavera, amante del dinero y sin escrúpulo. En cambio, bien podría considerarse que fue ella la que lo venció, fingiendo ser vencida y vengándose de esa manera de la relación insana que tuvo él con una de sus mejores amigas. Luego vendría Cruz, la hermana de Torquemada en el Purgatorio. También podría afirmarse que la relación reiniciada entre Gertrudis y Gabino se fundamentó en el determinante intervalo en que los dos supieron callar ante Victoria, en el crucial segundo en que ninguno de los dos reveló el secreto de su romance y, de esa fuerza, que ya era más que una señal, buena o mala, nació una relación hecha de mentiras, compromisos, traiciones y la esperanza, falsa o verdadera, de un nuevo amor. En ese decisivo punto de sus respectivas vidas se selló, tal vez, el destino de los dos ambiciosos cuyo único deseo era, quizás, formar parte de la flor y nata de la sociedad. Y ¿qué culpa habría en eso sino fuesen los fines propuestos y los medios empleados para alcanzarlos? Pero no nos adelantemos demasiado en el relato de dichas aventuras que pronto vendrán el segundo tomo, el tercero y el cuarto. De todos modos, siempre abundan las malas lenguas estén donde estén, que sean aldeanas, ciudadanas o capi-

talinas. Por ende, opinar sobre la compleja naturaleza de los hombres y en el presente caso, sobre las extrañas relaciones de pareja entre Gertrudis y Gabino es, huelga decir, harto dificultoso y prematuro y equivale, en cierta forma, a emitir un juicio en son de sentencia expeditiva porque además, intentar explicar los vaivenes del destino es como orinar de noche, a oscuras, en una jarra de barro. Solo vale el criterio del lector que sabrá, con agudeza y discernimiento, formarse su propio concepto acerca de la vida de Gertrudis y Gabino, con don o sin dones, siguiendo el hilo de las próximas entregas.

Índice

Las soledades de Santa Rosap. 4

Pozolindop.85

Victoriap.123

